GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO IV.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO IV.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*

GALERIA FUNEBRE

de Espectros

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS:

Ó SEA

EL HISTORIADOR TRÁGICO

de las catástrofes del linage humano.

SU AUTOR

D. AGUSTIN PEREZ ZARAGOZA.

Publicala una sociedad de amigos.

TOMO IV.

MADRID: Mayo, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*

Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

HISTORIA TRÁGICA 8.ª

CAMILA Y LIVIO,

Ó LOS EFECTOS

DE UN AMOR DESGRACIADO.

No hai cosa, por buena y saludable que sea, que no pueda convertirse en daño del que la recibe, asi como los manjares mas sanos engendran la indigestion en cualquiera estómago que se sacia de ellos con glotonería; de manera, que lo que de sí es mui bueno, se convierte en malos humores y corrompe la sangre mas pura. La sagrada Escritura es el pasto mas útil al alma; y si un ser maligno la interpreta trastornando su sentido, viene á ser la ruina del hombre:

lo mismo, pues, sucede con el amor, cuyos efectos, si se ha manejado por la razon y con el juicio que debe dirigirse toda accion humana, son útiles y decorosos; al paso que obrando ciegamente se lanzan los hombres á los mayores precipicios de una loca fantasía, y no hai cosa mas perniciosa ni que mas los esponga, que dejarse arrastrar sin reflexion ni continencia por una pasion desenfrenada y vehemente. Y verdaderamente estos atolondrados amantes debieran hacer algun uso de su entendimiento para obrar con mas cordura, viendo los errores y la ruina de otros que por su irreflexion y frenesí se enagenan y vuelan al precipicio condu-

cidos por esta pasion, que sin riendas que la contengan, produce todos los males que pueden sobrevenir á los hombres. Los indiscretos en amor se parecen á aquellos que viviendo de latrocinios y viendo subir á sus compañeros al patíbulo, continuan sin embargo en tan desgraciada como detestable vida.

He tomado, pues, para la presente historia el argumento de una locura estraordinaria ejecutada por uno de aquellos que abandonando el uso de su razon, llegan á afectar de tal manera su corazon, que fallecen sin conocer que son los asesinos de su alma; y por disculpas que se pretendan discurrir para dar un colorido á estos vicios,

que yo llamaria manía, procedente de un humor melancólico y de un cerebro, que dirigido por un mal genio maquina cosas propias de la demencia que le domina, siempre será criminal la conducta de los que con una impaciencia desesperada dan fin violentamente á su vida, por mas que esos somnámbulos llamados filósofos doren y ensalcen semejante accion, dando el título de heróica constancia á lo que no es mas que una accion inmoral, ó digamos un rapto de locura digna de compasion. Mas dejando estos discursos, volvamos al punto en cuestion, cual es el fin desgraciado y lamentable de dos infelices amantes que murieron en una misma hora, el

uno de alegria, y el otro de pesar sorprendido por un estremado dolor: suceso maravilloso, curioso y divertido por la novedad interesante que encierra, como verán mis lectores, si tienen la paciencia necesaria para leer la historia que sigue; la cual me prometo que cuando no produzca los efectos saludables que deseo en las costumbres, les servirá al menos de recreo y distraccion.

En tiempo del papa Alejandro VI, Borgia de sobrenombre, acaeció en la ciudad de Cesenas, perteneciente entonces álos dominios de César Borgia, sobrino de este Pontífice, el suceso singular que vamos á referir. Residia pues en esta ciudad un jóven llamado *Livio*, que

habia vivido solo con una hermana, cuyo nombre era *Cornelia*, despues de haber fallecido sus padres; y no lejos de su casa vivia otro caballero bastante rico que se llamaba *Regnier*, quien tenia un hijo nombrado *Claudio* y una hija llamada *Camila*: con motivo de la vecindad y de haberse casi criado juntas, eran tan amigas estas dos jóvenes, que en todo el dia no se separaban, de lo que se complacian mucho *Regnier* y su esposa, por el aprecio que toda la ciudad hacia del mérito y virtudes de Cornelia; y esta familiaridad era mas fácil de continuarse por Camila, estando casi siempre ausente su hermano con motivo de su tráfico en Roma. *Claudio*, el hijo de Renier, in-

teriormente sentia (no sé por qué, y él mismo no hubiera podido decir la causa) un odio tan singular á *Livio*, que era causa de no poder Camila hablar delante de él á su amiga Cornelia por la mala cara que la ponia, teniendo que esperar á la ausencia del hermano; pues amándose cordialmente, no podian vivir de inquietud si pasaba un solo dia sin verse, y porque teniendo mas libertad para sus diversiones y privanzas en casa de Cornelia que en la de Camila, que tenia padre y madre, se hallaban allí frecuentemente las jóvenes de la vecindad, donde se servian frutas y dulces despues de las comidas, divirtiéndose con mil juegos, y usando de aquellas confianzas

comunes y acostumbradas entre las jóvenes de tal edad, que son siempre para ellas mas placenteras que todas las delicias y pomposas diversiones de las princesas, respetadas, servidas y honradas con mil obsequios de todos los enamorados de la Corte. Durante esta reunion, Livio que veia entrar y salir frecuentemente á la hermosa Camila del cuarto de su hermana, empezó á sentir en su corazon los efectos del veneno amoroso que le atormentaba al mirarla, ni mas ni menos que le sucedió á Dido besando á Cupido bajo la figura y semejanza del joven Ascanio, hijo de Eneas; y no pudiendo resistirse á esta primera impresion, se dejó arrastrar, sin

saber cómo, de sus deseos, entregando sin resistencia la fortaleza al primer asalto, sorprendiéndole tanto esta espontánea debilidad, hija de la ilusion y de las astucias de amor, que llegó su frenesí al estremo de no pensar, hablar ni respirar mas que lo que este Dios falaz le permitia, y de tal manera enagenado por esta pasion, que sin seguridad de la recíproca hallaba placer en sus mismas inquietudes, y se gozaba en sus fantasías: hubiera parecido tener alguna disculpa si el frecuente trato de Camila hubiese encendido aquel fuego en su alma, y hubiese hablado á la de quien era ya un ciego idólatra. Pero ¿cómo? desde que un hombre empieza á sustraer-

se al imperio de la razon, es conducido á pasos lentos, pero progresivos, sin parar hasta llevar á cabo el proyecto de sus desvaríos y locuras. Este tierno palomito de pluma en pelo encubria en su alma lo que no se atrevia á manifestar, y tenia una singular satisfaccion en figurarse fácil de lograr lo que deseaba, suponiendo en Camila sus mismos sentimientos, y creyéndola tan esclava como él se hallaba encadenado por su hermosura; de manera, que aun estando solo se complacia como si estuviese en presencia de su diosa, y la dirigia su arenga de esta suerte: «¿Quién es este Dios que privando á mi corazon de su alegria y libertad, ocupa todo mi pensamiento en con-

templar tu hermosura, la mas peregrina que han criado los cielos? ¿De dónde proviene esta fuerza casi irresistible, que sometiendo mis sentidos todos á su voluntad, inflama mi imaginacion para dar mas vehemencia á este deseo de consagrar mi corazon y albedrio á un ser ya dueño absoluto de mis acciones? Mas digo: ¿en qué consiste esta mudanza tan repentina en mí, de trasformarse en un segundo mi libertad en una esclavitud tan grata como si fuese señor de todo el mundo? ¡Ah! yo miro esto como cosa estraordinaria y obra superior: tal es el estado en que yo me hallo como por encanto; pero el resultado es bien triste para mi corazon; pues deslum-

brando esta pasion mis sentidos, me hace esclavo de la que mas libre que yo, acaso se burlará de mi pena, despreciando esta inclinacion. ¿De qué me sirve, pues, abrazar la sombra, cuando el cuerpo se aleja de mí? Yo soi como el camaleon, que vive del viento, pues me aliento solo de los favores que la fantasía forma en mi cerebro. ¡Oh qué felices son los seres que el cielo crió tan insensibles y groseros, que nunca pudieron recibir las impresiones del amor! Nosotros por él somos infelices, y carecemos de aquella venturosa calma que ellos disfrutan mientras se arde nuestro corazon: tormentos, tristeza, furor, desgana, y ninguna tranquilidad hacen pesada y enfadosa la

vida, por tener un espíritu generoso y sensible, y tomar como placer supremo lo que nos atormenta mas que juntas todas las penas que pueden afligir á los mortales. ¡Ah, imbécil y torpe naturaleza de los hombres, cómo te embruteces y esclavizas con las pasiones que en ti misma sustentas! ¿Qué es lo que digo? ¿está en el poder del hombre emanciparse del amor y apagar su fuego cuando inflama su corazon? ¡Ah! ¡está mui distante de mi alma este concepto! porque de un millon que caigan en sus lazos, no veo uno que disponga libremente de su pensamiento sino á placer del objeto destinado para triunfar de su albedrio y libertad. ¿Y qué mal

resulta de amar las cosas hermosas; pues que lo bello está tan unido á lo bueno, que separado el uno del otro pierden ambos su mérito y escelencia? No, yo te amo, Camila: yo te amaré; y si la desgracia me privase de la recompensa á que aspira mi alma, al menos conservaré en mi imaginacion la gloria de haber consagrado mi cariño y lealtad á la que fue ingrata á mi ardorosa pasion. Pero no, Camila es piadosa y sensible, y no despreciará el obsequio que la hago de poner á sus pies mi rendido corazon. ¡Mas ah, Dios clemente! ¿Cómo podrá Camila corresponder á esta pasion, si la tengo oculta en mi pecho sin manifestarla mis deseos, y el fin á que aspiro para col-

mo de mi ventura y fin de mis suspiros y mis ansias? Animo, pues, Livio, y no te detengas en el camino que va á tu felicidad: muestra tu herida, y declara tu dolor para recibir el remedio saludable que necesitas.» — De esta suerte se propuso hablar á Camila; pero apenas la veia, le dominaba siempre un éstasis tal, que le impedia comunicarla sus dolencias, siendo causa esta cortedad de irse de un dia á otro desmejorando y perdiendo la frescura de su juventud; en términos de no parecer ya aquel Livio de tantas perfecciones y amabilidad, que se presentaba tan alegre y sociable en todas partes; pues se habia quedado pensativo, melancólico, y tan amante de la

soledad, que era imposible hacerle concurrir á ninguna reunion donde la juventud se distrae y se instruye: las mismas señoritas que visitaban á su hermana, no cesaban de hablar de esta mudanza de Livio: las mas, atribuyéndolo á la falta de discrecion y á su carácter brusco; y las otras, hiriendo en el blanco, se afirmaban en ser efecto de las mortales heridas del hijo cruel de la hermosa Cypris. Cornelia, pues, afligida, tanto de la vida solitaria de Livio, como de la opinion que muchas habian concebido, fue una tarde á su cuarto, y despues del saludo fraternal le habló de esta suerte: «Es mui posible que estrañes venga á verte á estas horas contra mi costumbre;

pero mi cariño me ha obligado á exigir del tuyo una esplicacion que ya debieras haber declarado á una hermana que tanto te ama, para poner los medios de disipar tus penas, ya sea distrayéndote del objeto que las cause, si es nacido de alguna idea fantástica, ó ya sea ayudándote á realizarla si lo merece; pues asi lo exige la conservacion de tu vida; porque te aseguro, hermano mio, que me veo tan avergonzada de oir los cuentos que se forjan de tus sueños y manera de vivir, que si esto dura mucho tiempo, haré lo mismo que tú, encerrándome de tal suerte, que ninguno podrá verme ni hablarme; pues cuando veo que te desprecian y se mofan de ti, llamán-

dote adusto, taciturno y fanático, puedes considerar el placer que me causará, siendo asi que antes me gloriaba de verte alabar de alegre, fino, cortés, complaciente y amable en todas las sociedades. Te suplico, pues, por estas razones, hermano mio, me digas cuál puede ser la causa de tu soledad y tristeza, y si yo puedo aliviarte en algo, aunque sea á costa de mi vida; pues te juro que me apresuraré á realizar cuanto fuere necesario mui gustosa en tu obsequio, para ver restablecidos tu carácter, tu salud y tu buen humor.»—Livio, oyendo hablar á su hermana con este interés, y prometerle con tal afecto lo que nunca se hubiera atrevido á insinuarla, la respondió

suspirando: «¿Cómo, hermana mia, puede mirarse con admiracion que un hombre alegre y sociable adopte á veces las costumbres de un melancólico? Fuera necesario ser un ángel y estar desnudo de pasiones, para no cambiar nunca de humor y dejar de manifestar la tristeza de su corazon en el semblante segun las ocurrencias. No hai duda, son mas perfectos y felices los que pueden ser superiores constantemente á los reveses de la fortuna, disimulando lo que sienten y piensan para que nadie lo conozca; pero yo no soi tan perfecto ni podré serlo, pues siempre mi semblante indicará los sentimientos de mi corazon; á mas de que mi mal es tan noble que no

debo avergonzarme de decirle á todo el mundo, y descubrir la causa principal; y para no tenerte mas tiempo con la curiosidad y deseo de saberle, te confieso que todo el mal que yo sufro, y esta mudanza que ves en mí, no proceden sino de amor: ese tirano, hermana mia, es el que martiriza mi alma; y privando á mi corazon de todo gusto y libertad, me quita tambien el placer de la sociedad, con tal imperio, que no podré ya recuperar aquel carácter y alegría que tú deseas, sin lograr ser correspondido de la que sobre mí ha tomado tal dominio, que solo la dicha de ser su esclavo es lo que para vivir necesito y apetezco. Pero no es por una cosa de poco valor

mi tristeza, pues padezco y suspiro por la misma hermosura, cuya modestia y gracias hacen que me olvide de mí mismo para pensar solo en su perfeccion: sí, ella es la que ha esclavizado á Livio, trasformándole en un hombre nuevo, y tal, que ya no ve, piensa, conoce ni desea mas que aquella deidad que está grabada en su alma.» —Cornelia al oir esta esplicacion confusa de su hermano, no pudo, al ver su azoramiento, contener la risa ni las lágrimas de compasion, viendo á aquel pobre amante tan perplejo y contemplativo de resultas del éstasis en que le dejó su larga y espresiva relacion; y esta tonta vergonzosa, poco práctica en tal ministerio, queriendo des-

impresionarle y consolarle, le dice: Mui bien, hermano mio, has perorado y soñado perfectamente sobre esa divina diosa que idolatras y á quien dedicas tus devociones: ahora me dirás quién es, para tener el honor de conocerla y hacer el oficio de intercesora, pues que no te atreves á declararla tu inclinacion.— ¡Ah! hermana mia, le responde Livio; tú te ries y no sabes lo que yo sufro.—Pero hermano, repone Cornelia, ¿quién es esa deidad? vamos. ¿Tampoco á mí te atreverás á decirmelo? ¿temes acaso que yo te la robe, ó que me enamore de ella para privarte despues de su cariño?—No es eso, hermana mia; sino que yo quisiera me dieses palabra de socorrer-

me y ayudarme luego que te la nombre.—Yo te doi mi palabra, y confia en mí, pues á cualquiera precio que sea te prometo ser tu mensagera y protectora, luego que la conozca.—Livio, abrazando á su hermana lleno de gozo y gratitud, la dice: Camila, tu compañera es la que ha cautivado mi corazon, trasformando á tu hermano de la manera que ves: te suplico pues, querida Cornelia, que la hagas conocer mi ciega pasion y tormento, asegurándola que si desprecia mi cariño, será imposible que yo pueda sobrevivir á tal declaracion.—Mui bien, hermano mio, dice Cornelia, yo haré mi deber, y no omitiré diligencia alguna que pueda contribuir á tu ali-

vio; solo te suplico depongas tu pena y te alegres, saliendo de esa soledad y tristeza en que te veo sumergido, para que tu querida no crea al verte en tan triste estado, que la hace el amor un hombre estravagante y demente.—Segun veo, hermana mia, tú no entiendes de amor; pues de tener alguna idea, supieras que su delicia son las lágrimas, los suspiros, los sollozos, la tristeza, la incomunicacion con la sociedad y los placeres; asi es que aquellos que son mas constantes y leales, demuestran por estas señales su carácter sensible y su firmeza, siendo el indicio mas vehemente de su verdadera pasion; al paso que los que no sufren estos crueles efectos, no

es posible tengan radicado su afecto, pues que no padece su corazon. — ¡Hé aqui una buena filosofía! repone Cornelia : yo mas quiero no tener amor, que verme atormentada por esas pasiones, derritiendo y secando mi cerebro á fuerza de lágrimas y cavilaciones, y esponiéndome á un frenesí como el que veo en ti, que te priva de todo contento y reposo. — ¡Cómo! ¿contento dices? Mas placer disfruto yo en mi imaginacion cuando contemplo interiormente las perfecciones y las gracias de mi amada Camila, que tú sin las aprensiones ni esclavitud que me causa el amor. — Mui bien, dice Cornelia, vive á tu placer, y contempla como quieras á ese ídolo de tus

ansias, pues yo prefiero y aprecio mas una hora de reposo y dormir tranquilamente luego que cae mi cabeza sobre la almohada, que formar castillos en el aire, y figurarme quimeras que me impidan dormir para cantar despues estos disgustos y estas penas, placeres, segun dices, de los amantes, y la gloria de sus pensamientos colocados en el cielo de la diosa de sus amores. Es un alimento demasiado ligero para un estómago acostumbrado á sustancias, el de paladear solo deseos, suspiros y lágrimas, asi como un placer bien estravagante el de las simples contemplaciones. Bien, bien, hermana mia, dice Livio, la esperiencia te hará hablar algun dia de otra

manera: lo que yo te pido es, que te compadezcas de mí y no olvides tu palabra.—Tú piensa solamente en las gracias de tu Camila, y mañana veremos si ella piensa como tú.—Concluida esta conferencia se retiró dejando á su hermano mas contento que de costumbre, por la palabra que habia dado de hablar á su favor, espresando sus sentimientos á Camila. Este fue el primer paso de su locura, confiar sus amores á su hermana, y enseñar á la juventud el camino del amor, harto propagado ya por la corrupcion de las costumbres y de nuestra propia naturaleza, sin necesidad del arte; pero es tal la ceguedad de un hombre dominado por esta pasion, que camina hasta

el borde del precipicio sin advertirlo, y solo conoce sus errores cuando empieza á sentir sus funestos resultados.—Al dia siguiente, pues, en que Cornelia habia prometido á su triste hermano hablar á Camila, llegó esta casualmente sola á visitarla; y no queriendo perder tan buena ocasion de cumplir su encargo, y máxime preguntándola Camila cual era la causa de estrañarse Livio de la sociedad que antes tanto frecuentaba, y de no dejarse ver de nadie por estar entregado á la soledad, á lo que la respondió: Yo tenia la misma curiosidad que tú, y la pena de verle asi me ha movido á preguntarle el motivo de sus penas y mudanzas, y me ha dicho

que procede de ti, querida amiga, y tú sola eres la que causas tantas angustias á mi hermano. ¡Cómo! dice la inocente Camila, ¿yo soi la causa? ¿cómo puede ser eso, si jamas le he ofendido en lo mas mínimo, ni le he hablado una palabra que haya podido trastornar su corazon ni disgustarle? Mucho sentiria que estuviese incomodado conmigo. — La enfermedad de mi hermano, dice Cornelia, proviene de una causa mui diferente de la que tú te imaginas; pues el estremado placer y alegría que le ha causado tu vista, ha producido su pena; y sin embargo, de su misma desgracia (como se dice del escorpion) recibe alivio su corazon. — Cosa estraña por cierto, dice Camila;

pero si no me esplicas mas esas espresiones tan oscuras, no soi capaz de entenderte una palabra. — Eso es lo que mas siento, responde Cornelia, porque si al menos te compadecieses algun tanto de mi pobre hermano, conocerias lo que yo tengo que manifestarte, y pondrias el remedio sin necesidad de intervenir yo en el asunto. — Aun te entiendo menos, dice Camila; con que hazme el favor de esplicarte sin rodeos ni enigmas; y si consiste en mí, no dudes te daré gusto en cuanto me pidas, para alivio de tu hermano. — Pues, amiga, mi hermano Livio, dice la otra, está tan apasionado de ti, que si no correspondes al amor que le has inspirado, le verás pronto

víctima de tan ciega inclinacion; y habiéndole prometido insinuártelo, te suplico, mi querida amiga, que disimulando mi indiscrecion, hagas alguna cosa por mí, consolando al pobre Livio, de manera que vuelva en sí, y quede curado de ese mal de amor que le atormenta, y que me tiene llena de pena: considera cuál será mi afliccion cuando tan jóven y sin esperiencia de este mal, me he visto obligada á hacerte esta súplica y declaracion á nombre del paciente, aunque con temor por parecerme no ser encargos mui decentes para una niña de mi edad; pero el cariño que tengo á mi hermano, será el que me disculpe contigo de la falta en que me haya

podido hacer caer esta oficiosidad. — ¿Quién hubiera pensado jamas (respondió Camila, enagenada de una justa cólera) que una señorita como tú se encargára de un mensage tan poco decoroso y digno de la portadora, como de la que le recibe, solo por satisfacer el antojo y capricho, contrario á nuestro decoro, de un jóven exaltado? ¿Pero crees tú, querida amiga, que siempre que los hombres se presentan tristes, llorosos y rendidos, es por amor y guiados de un honesto deseo? No, no, hija mia: las lágrimas y los suspiros son solamente la confesion y señal del deseo; y eso no merece ningun premio; pues el corazon que desea engañar, suele fijarse so-

lamente en cosas que la razon no puede conceder. ¿Qué le importa á una doncella que un amante se anegue en lágrimas de dolor, si para enjugarlas pretende privarla de las alhajas mas preciosas, que son la virtud, el honor y la reputacion? Lloren mas que Jeremías, mientras nos reimos de sus astucias, conservando intactos nuestra buena fama y honor. A vista de esto, las quejas y fingidas lágrimas de los amantes no son para mí otra cosa que el incentivo para sorprender á la sencilla é inesperta juventud, y burlarse despues que nos hayan pescado en sus redes, en castigo de haber dado oido á sus falaces cariños y espresiones almibaradas. Si Livio se aflige y sue-

ña, que abrace á sus mismas ilusiones, y acaricie á la sombra de su fantasía, pues yo me contento con amarte á ti y á las demas amigas; y los hombres pueden dirigir sus miradas y suspiros á otra parte; concluyendo con decirte, que yo no quiero ni deseo que él ni otro alguno me ofrezcan sus obsequios, ó piensen que los estimo; y si vuelvo á oirte hablar mas, puedes estar segura que será por la última vez; suplicándote que si quieres ser como hasta aqui mi mayor amiga, no vuelvas á tomar semejantes encargos; pues á mas de perder el tiempo y no sacar ningun fruto, me privaré de tu amistad, y tú quedarás mal reputada por solicitar de una manera tan

poco conforme con el decoro y el pudor á las jóvenes que frecuentan tu casa. —Cornelia, admirada y confusa, no solo de la resolucion de que Camila la habia enterado, sino de la frialdad y enojo con que la habia hablado, no supo qué responderla, quedando sorprendida de aquella reconvencion, é ignorando su fundamento, por no estar al alcance de su sencillez é inocencia virginal aquellas réplicas que usan los discípulos de este hijo travieso de Venus. Con este motivo se disculpó lo mejor que pudo, y prometió á Camila no volver jamas á usar de semejante lenguage; suplicándola no dejase de frecuentar su casa como siempre, lo que la otra prometió

mui gustosa, viendo la candidez de Cornelia, y conociendo que si habia cometido aquella falta, era por las importunas instancias de su hermano. Este, luego que se retiró Camila, se fue á ver á su hermana para saber lo que le debia causar mas mal que la sombra de la muerte; y viéndola pensativa con los ojos bañados en lágrimas de dolor por la mala acogida de su mision, adivinó luego que habia sido despreciado su cariño, y que Camila se habia incomodado con ella estrañando la noticia de tales amores; y en esta persuasion habló á su hermana de esta suerte. —¿Con que, hermana mia, segun veo, tu amiga Camila es tan fina para ti, como insensible á mis penas? Conozco

por tu semblante que no ha querido escucharte ni compadecerse del tormento que sufre mi corazon por amarla mas que á mí mismo. — La infeliz Cornelia, que vió á su hermano enteramente demudado, y con la palidez que producia su dolor, le refirió otra cosa mui diferente de la que la habia dicho Camila, asegurándole que su declaracion no la habia enteramente disgustado; y que sus respuestas no habian cerrado las puertas á la esperanza, aunque al primer impulso se hubiese irritado algo hablando de la falsedad de los amantes; pero que por lo demas no era para desanimarse y tratar de seguir en aquella tristeza y soledad. — Livio, habiendo escuchado aten-

tamente lo que su hermana le decia, la preguntó si seria posible hablarla; á lo que le respondió, aunque algo admirada, que no convenia precipitarse; pero que podria escribirla, y que ella exigiria una contestacion. —El hermano aprobó el pensamiento y resolvió seguir el consejo de Cornelia, la que hacia todo esto únicamente por ganar tiempo y distraerle de sus desvaríos; porque era en vano darle consuelo, pues estaba tan engolfado en sus amores, que todo el esfuerzo de los pilotos del arsenal de Venecia no hubiera podido ser suficiente á sacarle del abismo en que se hallaba sumergido; y sin perder momento tomó la pluma y la escribió una carta llena de ternura, suplicándo-

la no fuese insensible á un cariño tan constante, sin olvidar este desgraciado amante mil juramentos interrumpidos por lágrimas y sollozos. A la mañana siguiente dió el billete á su hermana, la que por un lado sufria una pena cruel de ver á su hermano entregado á una pasion tan violenta, en cuyo remedio hubiera deseado que su amiga le hubiese consolado; y por otra parte temia enfadarla, y mas aun perder su amistad, si volvia á tocarla este punto; pero la inocente no era aun esperimentada en amor para poder conocer ni su corazon ni las consecuencias de una debilidad cualquiera en una muger. Estos recelos la hicieron diferir por algunos dias la entrega del billete,

temiendo lo que despues sucedió; pues si se lo daba, suponia con fundamento que Camila lo despreciaria; y por otro lado veia que Livio estaba espuesto á morir de dolor: sin embargo, viéndose importunada por él, se resolvió al fin á dar este paso para saber cómo recibiria Camila esta segunda embajada. Un dia á la hora en que las jóvenes solian verse, fue Camila sola á casa de Cornelia, y despues de haberse referido sus puerilidades y ocurrencias, la hermana de Livio sacó la carta de su seno, y con una risa preventiva dice á su amiga: «Toma, querida Camila, lee, y verás sin duda una de las locuras de los amantes en esta carta que me he hallado esta mañana

cuando bajaba á oir misa.» — Camila, que era fina y penetrante, conoció al momento de donde venia aquella embajada, y sin detenerse la respondió: «Bien veo á donde se dirige esto; y si no fuera por darte ese disgusto, y estando tambien segura de que por mérito que tenga no me ha de hacer sensacion, la haria ahora mismo mil pedazos; pero te advierto, que si tiene alguna cosa que ofenda mi delicadeza y sentimientos, te cumpliré mi palabra en lo que ya te he prevenido.» — Yo no sé lo que es, dice Cornelia; pero te aseguro de todos modos, que hombre ninguno me ha encargado presentarte billete ni embajada, y de consiguiente no seria justo cargar con la penitencia de

un pecado de que no soi culpable. — Bien, bien, dice Camila, leamos la relacion de estos amores tan mal fundados, como poco agradecidos; y despues de haberlo leido de un estremo á otro (en lo que halló un singular placer), empezó ya á sentir en su misma agitacion cierta sensacion que anunciaba haber sido flechado de amor su tierno pecho; pero usando de su entereza acostumbrada, aunque sujetando y disimulando un deseo que antes no existia en su imaginacion, con semblante desdeñoso dirigió estas espresiones á su amiga: «Conozco, Cornelia, que mi estremada paciencia, unida á la facilidad con que logras escuche tus embajadas, te han dado valor para continuar un

encargo tan ageno del decoro con que debe obrar una señorita de tu clase; y no hai que dar á las cosas otro colorido que el natural, en atencion á que no soi tan estúpida, que no conozca la mosca en la leche, y á donde se dirigen tales astucias. Por lo tánto, dirás á tu hermanito, que antes que la enfermedad se agrave, soi de opinion de que debe tratar de curar su cabeza, para que, teniendo enteramente sano el cerebro, no sea causa de la ruina de todo lo que tiene mejor; porque estoi resuelta á observar lo que te dije la última vez que me hablaste de esta simpleza; y en cuanto á ti, yo seré quien se imponga á sí misma el castigo de mi indiscrecion, privándome de la

compañía que me causaba tanto placer: á Dios, hasta que con otro motivo mas grato volvamos á tratarnos con la familiaridad que hasta aqui. — Decirlo y hacerlo, todo fue uno; porque si hubiese esperado respuesta de Cornelia, se hubiera hallado en peligro de sucumbir y prestar oidos á su amiga, á la que dejó desconsolada, y marchó confusa y rodeada de infinitos pensamientos. Entonces fue cuando empezó á meditar sobre la pasion de Livio, convenciéndose de que tal constancia y teson no podian existir, no siendo por un amor verdadero y vehemente; por lo que se resolvió á mudar de propósito, si volvian á hablarla, y elegir á Livio para es-

poso y depositario de sus secretos.

En esto se conoce la poca estabilidad de las criaturas, particularmente en amor; pues vemos que la que hace poco habia resuelto despreciar toda insinuacion amorosa para no dejar á esta pasion ocupar jamas su imaginacion, ha cambiado en un momento; pero esto es mui laudable, pues los errores que se cometen todos los dias por los amantes, son causa de que se precipiten muchos frecuentemente en el abismo de una pasion, sin saber el mérito de las personas y el resultado que una inclinacion tan precipitada puede tener; y de aqui proviene que tantos hombres hayan concluido su vida tan desgraciadamente, dejando el ejemplo

lastimoso de sus desvaríos para enseñarnos á conocer que en todas las cosas es preciso obrar con medida y reflexion para evitar las tristes consecuencias que despues ya no se pueden remediar ni contener. — Esto fue lo que sucedió á Livio; pues enterado de la respuesta de su querida, cayó en una enfermedad tan estraña, que habiendo perdido el sueño y el apetito, dejó á los médicos sin arbitrio de poderle socorrer, opinando que si el paciente no se alegraba y hacia por sí, no habia remedio para salvarle la vida, procediendo su enfermedad solamente de una tristeza vehemente que le devoraba. ¿Qué habian de hacer, siendo el mal de amor tan diferente de todas las en-

fermedades que cura la medicina? Hai aflicciones en el ánimo que se disipan con ciertas drogas que alegran el corazon; pero en esta pasion es tan inútil el saber de médicos y boticarios, como ineficaz la virtud de cuantos específicos tienen los herbolarios; al paso que una sola palabra de una muger hace mas que todas las recetas de los físicos mas espertos de todo el protomedicato de Madrid, París, Lóndres, Pádua y Montpelier. Livio, pues, iba de dia en dia á peor: la pasion del amor le devoraba, lo mismo que se derrite la nieve al calor de los rayos del sol. Cornelia, viendo á su hermano en tan lamentable estado, y no teniendo arbitrio de lograr su consuelo, porque ya Camila

no la visitaba, se afligió en tal grado, que no pudiendo soportar el dolor que contínuamente la atormentaba, la acometió una calentura tan fuerte, que la obligó á quedarse en cama. Esta se hallaba mui inmediata á la de Livio, no separándolas mas que un tabique, en términos que se oia cuanto se hablaba y se hacia de un cuarto á otro; por lo cual, habiendo Livio llegado á entender que su hermana se habia quedado en cama, estuvo ya para pasar á la eternidad, si no se le hubiese ofrecido casualmente el remedio en el mismo mal de su hermana, como ahora veremos. — Camila estaba inquieta y apesadumbrada de no ver á Cornelia en la iglesia, en la calle ni á los balcones,

y no descansó hasta que supo que Livio se hallaba en los umbrales de la muerte, y que Cornelia tenia una pasion de ánimo tan cruel que seria un milagro si no le seguia al sepulcro. Sorprendida por una noticia tan infausta, no pudo ya disimular el amor secreto que profesaba á Livio, ni la pena que la afligia por el estado en que se hallaba su querida amiga Cornelia, sin demostrarlo por un torrente de lágrimas entre suspiros y lamentos; en tales términos, que parecia quererse salir del pecho su corazon y exhalar el último aliento, para ir á sufrir en otra parte el mal de que confesaba ser ella sola la causa; por lo cual estando sola en su cuarto, *punzada por las flechas de Cupido*, y tras-

pasada de dolor, se puso á gritar y lamentarse, acusándose de su crueldad en estos términos: ¡Ah! ¿qué pasion es esta tan desmesurada que debilita la fuerza del hombre mas constante, y aniquila la constancia del valiente y del sabio, hasta envilecer el corazon de aquellos mismos que saben arrostrar todos los peligros mas invencibles? ¿Es posible que lo que yo miraba como una ficcion en este desgraciado, sea un objeto verdadero de lo que se llama amor en el corazon de los hombres? ¡Ah! Livio, Livio: ya conozco el esfuerzo de lo que yo no sé nombrar sino fuerza sin resistencia y dolor sin motivo de queja. Sí, yo siento un mal que me agrada, y esperimento una pe-

na, sin la que pienso que mi sér no fuera sino tormento é ilusion; y sin embargo me hallo de tal manera obçecada, que no me atrevo á declarar lo que desearia decirte para tu alivio y mi consuelo. ¡Como tengo tal recelo y tal temor de perder mi reputacion, prefiero la muerte á dar el mas leve motivo á los hombres de mancillar mi honor y virtud; y mucho mas cuando la pérdida de otra cualquiera cosa puede remediarse, al paso que estando en duda la opinion, no hai satisfaccion que pueda cubrir esta falta! ¿Mas dónde, pregunto yo, está tal falta, cuando el fin de una cosa es conforme con la virtud y el honor? ¿No será bien hecho conservar la vida al que muere por

demasiado cariño á la que le desprecia? ¿Será un pecado corresponder al que ama con el santo fin de contraer matrimonio? No, Cornelia, no: tú no perderás á tu hermano, ni yo una buena amiga, por no hallar en mí un recíproco cariño el que prefiere la muerte al amor, que le martiriza por un objeto que pudiera ser la causa de su ruina. ¡Ah, constante y leal amante! ¡si le fuese posible á Camila descubrirte su secreto, no durára tanto tu pena! Pero siendo la vergüenza la que cierra mi boca, requiereme tú aun con teson y firmeza, y verás si yo soi tan insensible y desdeñosa que no conozca ya el honor que tú me haces en rendirme tus homenages, sin ha-

cer mérito de la vida por ejecutar lo que amor te ordena. ¡Oh amor invencible! ¿quién es aquel que puede resistir y triunfar de tus armas? Me rindo: confieso ser ya vencida, y que puedes marchar con tu carro en triunfo para ofrecerme al que siendo ayer mi esclavo, es hoi mi dueño: mi corazon no puede ya disimular lo que desea: mi alma no puede ocultar mas su pasion en medio de las llamas que la abrasan; y mis ojos en fin no se negarán ya mas á mirar con ternura al que por ellos sufre tan angustiado. Vamos, pies mios, conducid pronto á este cuerpo al parage donde su corazon ha tomado nuevo domicilio.—Dicho esto se levanta con resolucion, no

de entrar en contradicciones con Livio, sino de entregarle su tierno corazon si era de nuevo exhortada: al intento se va á visitar á Cornelia, á la que halló mui débil y angustiada en su cama: la habla con ternura, la llena de caricias, la anima, la consuela; su voz llega hasta Livio; este aplica sus oidos, se persuade, se cerciora de hallarse allí el objeto de su amor; pregunta á su hermana quién es la que está con ella; y esta le responde que Camila sola era la que hablaba en su compañía; y sacando fuerzas de flaqueza, se resuelve á exigir la sentencia final de su vida ó de su muerte, dirigiéndola la palabra de esta manera: tiempo es ya, señorita, de

ver si la crueldad reside hasta tal grado en vuestro pecho, que podais ser indiferente á la desgracia que ocasionais á un infeliz, resuelto á sucumbir al rigor de su suerte: veo próxima mi muerte, y me será mui dulce si no puedo vivir con vos. No estamos ya en el caso de disimular; pues de vuestra resolucion depende mi vida: aquí teneis á vuestro desventurado Livio sin espíritu, sin corazon y sin esperanza, espirando en una cama: vuestra compasion sola, aceptándole por esposo, le sacará del sepulcro, donde descansará de lo contrario mui en breve: solo vuestra palabra es la que me puede salvar la vida. ¡Ah, Camila adorada! yo desfallezco; no puedo articular

mas; me faltan las fuerzas; la lengua no puede ya obedecer á mis deseos, y.... aquí le falta la palabra, y privado de sentido, quedó cubierto de un mortal sudor· lo cual fue causa de que las dos jóvenes, asustadas y temerosas de una desgracia, volasen al cuarto del paciente y le hallasen sin conocimiento, pero sin faltarle la respiracion, aunque mui agitada, en prueba de lo que sufria su corazon. Entonces fue ya cuando Camila olvidó todos sus disimulos y ficciones, de que hasta entonces habia usado para probar la firmeza de su amante; y no sabiendo cómo hacerle volver en sí, no tiene ya reparo ni escrúpulo, contra lo que antes la dictaba su conciencia, en acer-

car sus labios *coralinos y heladòs* á la boca de Livio, de aquel infeliz amante traspasado de dolor, quien al sentir una indulgencia tan inesperada, volvió en sí lleno de admiracion, intentó estrecharla en sus brazos trémulos sin poder aun articular la mas leve espresion, y besarla la mano, de que se habia asido al volver de su privacion; pero Camila, tan discreta como casta y hermosa, no queriendo que su amante mirase esto como un ligero favor, y que se aprovechase despues de esta manifestacion de su compasion y cariño, le habló con dulzura de este modo: Livio, no penseis que la compasion que me ha causado vuestra situacion, disminuya en lo mas le-

ve la constancia de Camila; pues mientras viva, todos cuantos estremos hiciese de cariño, serán con un fin honesto y santo, sin que merezcan reprension; pues nunca mi corazon podrá abrigar otros sentimientos, que aquellos que son conformes al caracter de una joven señorita de mi nacimiento y circunstancias, que tanto aprecia su honor. Creo cierta vuestra pasion, y me felicito de vuestra eleccion y sinceridad: en tal caso sereis guiado por un fin honesto que jamas puede perjudicar á nuestra reputacion; pues si yo supiese que un deseo desordenado era solo el que animaba vuestras pasiones, prefiriera mejor vuestra muerte y la mia, que perder lo

que tanto aprecio y que me hace gozar en el mundo del buen concepto de que se hace digna toda muger de honor. Livio, yo os amo, sí; y os tengo un amor verdadero, no aquel que se pierde despues de consumar lúbricos deseos, y sí solo aquel cariño que una jóven honrada puede dispensar al que la consagra su amor con la buena intencion de unir por la vida sus corazones. —Así, pues, si me amais de veras, y vuestra pasion es tan vehemente como me habeis declarado, hacedme ver los efectos pidiéndome á mi padre por esposa, quien no creo os desairará sabiendo quien sois, y teniendo noticia de vuestra honradez y buena conducta. Yo me someteré siem-

pre á su voluntad, y os prometo satisfacer á vuestro cariño con el mismo entusiasmo é ilusion que vos teneis por vuestra Camila. Tratad de tranquilizaros y restableceros por mi amor y el vuestro, y reservad el vigor de vuestra juventud para mejor ocasion en vez de consumirle en suspiros y cavilaciones que destruyen el cuerpo y arruinan el alma: vuestra hermana que tanto os ama, os cuidará con el mas tierno esmero, para que volvais á recuperar vuestro color y vuestras fuerzas; y yo con la voluntad de mis padres podré tener un esposo tal, cual deseo, y del que estoi segura ser el dueño de su corazon y amistad.—Al oir Livio estas palabras, volviendo en

sí como el que despierta de un profundo sueño, alzó sus manos al cielo, y alabando á Dios por su buena fortuna, besó las de Camila mas de cien veces, respondiéndola de esta suerte: adorada Camila mia, si todas las felicidades que pueden favorecer á un hombre afortunado estuviesen juntas para hacer la dicha de mi vida, aun no fueran bastantes á igualarse á la que recibo con vuestra respuesta, pues ella sola es suficiente para volverme á la vida que estaba ya destinada á la negra mansion de Nocheri Aqueronte: no dudeis que al momento que yo pueda tenerme en pie, volveré á visitar á vuestro padre para llenar vuestros deseos y lograr consumar los mios, que es

cuanto puedo en este mundo desear; y ahora os doi gracias por el bien y honor que habeis tenido la bondad de dispensar á un afligido, aplicándole el remedio único que podia darle alivio. — Yo no podia, responde Camila, hacer menos que socorreros en el peligroso estado de abatimiento en que os hallabais, tanto por el honesto amor que me teneis, cuanto por aliviar la pena de mi querida amiga, á la que debeis agradecer mi venida, porque de otro modo mi honor no me la hubiera permitido, aunque me asistiese el mejor deseo de consolaros: disimulad que me ausente de vuestra vista, y creed que aunque mi cuerpo se aleje, no se separa de aqui mi pensamiento, y podeis

contemplarme siempre en vuestra compañía; y saludándole cariñosamente se retiró la hermosa Camila á su casa despues de haberse despedido de Cornelia.—Habiendo, pues, recibido Livio la medicina eficaz que su mal necesitaba, no tardó mucho en curarse; y apenas se repuso un poco, no pudo tener paciencia para esperar mas sin enviar algunos parientes á Regnier, padre de Camila, con el objeto de anunciarle el enlace que deseaba realizar con su hija, á la que pidieron en su nombre con las mas vivas instancias, como que ansiaba ser su dueño. El buen hombre, viéndose solicitado por una cosa tan justa y ventajosa á su honor, como era la de casar á su hi-

ja única con un sugeto ilustre y rico, conociendo al mismo tiempo las prendas físicas y morales que adornaban á Livio, aprobó mui gustoso esta resolucion, y respondió dando su consentimiento; pero advirtió que no podia acordar nada definitivamente ínterin su hijo no regresase de Roma; y les suplicó tuviesen un poco de paciencia, respecto á que dentro de tres ó cuatro dias estaria ya su Claudio de vuelta en Cesenas. Camila, sabiendo la respuesta de su padre á los parientes de Livio, y segura ya de su enlace, como si se hubiese efectuado, empezó á tener mas familiaridad con su amante, y le tomó tal afecto, que llegó á ser mas fuerte su pasion que la

que Livio la tenia, aumentándose mas y mas progresivamente de dia en dia, asi como se ve salir el sol y seguir por grados acrecentándose su calor y el esplendor celeste de sus rayos; en términos, que estando un dia Camila con Cornelia en el cuarto de Livio, tomó este en su mano un laud, y espresó el recíproco amor de los dos corazones en unos versos que cantó, cuyo sentido agradó mucho á Camila, conociendo el objeto á que se dirigian, el cual era para ella sin duda tan grato como á su amante; pues la frecuencia del trato aumentaba estraordinariamente el deseo de su enlace, pareciéndoles al mismo tiempo que el amor no podia llevar este título de cariño perfecto

ínterin no fuesen cumplidos los deseos, y las cosas pendiesen solo de palabras; porque no era, decia, sino como el débil bosquejo que un pintor señala con el lápiz sobre un lienzo para espresar una cosa de consecuencia, y que de consiguiente este amor estaba aun pendiente y sin efecto, lo que servia mas para aumentar que para disminuir la pasion que animaba á aquellos dos tiernos corazones que ansiaban su union por medio de los vínculos mas estrechos; y dilatándose mas que se pensaba el regreso de Claudio, hermano de Camila, se trataron en este tiempo con tal confianza, que por último se dieron palabra de matrimonio de presente, confiados en que to-

do seria aprobado por los padres en vista de la anuencia de Regnier, y de que cuando llegase Claudio darian satisfaccion á sus deseos, cuya inquietud se aumentaba con la tardanza: mas hé aquí en lo que consiste la desgracia de los hombres, y de donde se puede tomar el argumento de sus contratiempos; porque cuando piensan tener asida de los cabellos á la fortuna, y se creen libres de sus reveses para gozar del bien que aun debieran mirar como incierto, entonces es cuando la rueda se vuelve, y lo que parece dulce y grato se convierte en tal pesadumbre y amargura, que la muerte es á veces mas soportable que las consecuencias de estos halagos de la in-

constante fortuna, á la que no sin motivo los poetas y pintores fingieron ciega y sentada sobre la volubilidad de un globo, á vista de la diversidad de casos que se ofrecen contínuamente á los humanos, y la ceguedad con que se conducen en los negocios. Aquel que hace poco pensaba gozar de los bienes de un pueblo poderoso, se halla ya angustiado del dolor, sin honor, espulsado de sus estados, y despues perdida la vida. Asi sucedió al famoso cónsul Cepion, que teniendo la fortuna de mandar el estado, esta le volvió la espalda, y sirvió despues de horror y espanto á todo el senado cuando vió que su cuerpo destrozado servia de pasto á las aves y á las

fieras. Radagaso, rei de los Godos, á pesar del ejército invencible que parecia tener, fue abandonado igualmente por la suerte, vencido, prisionero y muerto ignominiosamente por Stilicon, general del ejército en nombre del emperador Honorio; y en fin, otros muchos que no hai necesidad de referir, hallándose en las historias; y volviendo á la de nuestro Livio y su Camila, que aunque no fuesen reyes, grandes personages ni generales de numerosos ejércitos, estando en un paraiso de delicias, y aguardando ver colmadas sus esperanzas, vieron trastornarse en un momento su suerte y toda su soñada felicidad, cambiando los sucesos enteramente sobre el enlace prometido.

Es, pues, una locura confiar en las cosas que dependen de la voluntad de otro, cuyas consecuencias son tanto mas inciertas, cuanto que los hombres no tienen iguales pensamientos, ni se ocupan de que aquello que juzgan justo, sea para los demas inícuo, en vista de que no dependen unos del capricho de los otros. Del mismo modo sucedió á estos amantes; porque habiendo regresado Claudio, hermano de Camila, y no queriendo bien á Livio, aunque lo disimulase, hizo tan malos oficios, que trastornó al padre para que se opusiese al tratado enlace, alegando ciertas razones y falsedades que le favorecieron para hacer desgraciado este amor. El buen viejo, que

no veia sino por los ojos de su hijo, aunque sintiendo no se verificase esta union, dijo á los parientes de Livio lo que él y Claudio habian resuelto, suplicándoles no lo estrañasen, y dando gracias á Livio del honor que le habia ofrecido de enlazarse con su familia. Es bien de presumir el efecto que causaria esta infausta como inesperada noticia en aquellos desventurados amantes, y no causará estrañeza saber que cayeron en la mas profunda tristeza que los hubiera sacrificado, si una ligera esperanza no los hubiese alentado y consolado, confiando en que á la corta ó á la larga Regnier vendria en conformarse por la palabra que habia dado, y por el jura-

mento solemne que ellos habian hecho de unir para siempre sus tiernos corazones. Camila, viendo la malicia de su hermano, y que habia impedido sin motivo la ejecucion de lo que ella deseaba con tanta pasion, se quedó tan fuera de sí, que faltó poco para cometer una atrocidad consigo misma, la que no ejecutó por amor á su amante. Al fin, acompañada de una doncella de su mayor confianza, y sola en su cuarto mientras los demas descansaban, empezó á lamentarse, maldiciendo la hora de su nacimiento, la venida de su hermano, y el poco carácter de su padre, diciendo asi: «¿Pero por qué la suerte ha de ser tan cruel conmigo, ni de qué sirve que ha-

ya Dios dado á todas las criaturas un corazon libre para elegir y amar al que simbolice con él, si al mismo tiempo no se nos permite usar del privilegio de esta libertad, contrariando lo que la naturaleza ha empezado en nosotros por la comunicacion de nuestros pensamientos? ¿Es razonable que el cuerpo sea mas respetado que el espíritu, estando aquel sujeto á este; y que sin embargo no ha de poder seguir el instinto y las inclinaciones del alma? ¿De dónde viene esta lei tan injusta, que un padre, por su placer y sin equidad alguna, ha de poder forzar la justa y natural inclinacion de sus hijos, sin reflexionar en lo que les conviene y es conforme á sus de-

seos? ¿No les basta á los padres que les sirvamos, que los socorramos, y que no emprendamos nada sin advertírselo? ¿Es regular que nos tiranicen y coloquen á su capricho contra todo el torrente imperioso de nuestra naturaleza y voluntad? ¿No debe ser el matrimonio una union voluntaria, dependiente del gusto de ambos contrayentes? ¿Y quién es el hombre que puede ya ocupar la imaginacion de Camila, decidida á tomar á Livio por esposo, dueño ya de su corazon? ¡Ah amor cruel! ¿por qué no miraste antes de unirnos tan estrechamente, si este enlace podria tener efecto, y si estos dos corazones, ya tan ligados, tendrian el medio de unir tambien

sus personas honestamente y sin pecado? Mas yo soi bien tonta en pretender hallar justificacion en quien no la conoce ni tiene consideracion á los compromisos en que nos hallamos: el amor es voluble y mui superficial para ocuparse de ningun juicio con asiento, y tan ligero en todas sus cosas, que jamas se halla estabilidad ni consecuencia en sus mas solemnes propósitos; y regularmente suele por esta razon apoderarse de los corazones de aquellos que menos se ocupan de asuntos graves é importantes. ¡Ah hermano, hermano! ¡con qué malicia has obrado, y con qué iniquidad pretende afligirme tu corazon perverso! ¿Qué te ha hecho tu miserable herma-

na, para que la hayas privado tan inhumanamente del bien que mas desea? ¿En qué te ha ofendido el infeliz Livio, mas honrado y de mejores sentimientos que tú? Y si á ti no te agrada, ¿por qué ha de estar sujeta mi inclinacion á la tuya, y mi suerte depender de tu voluntad? ¿Soi yo por ventura tu esclava? ¿tienes algun dominio sobre mí por ser el hijo mayor de mi padre? ¿te hace tampoco la lei soberano ni director de mi imaginacion? Nada menos que eso: mi padre me ha concedido á Livio; pero bajo la condicion de que no resultase á nadie perjuicio; ¿y qué daño puede tener Claudio de que Livio sea mi esposo? ¡Ah, padre cobarde y de corazon in-

sensible! ¿cómo te dejas conducir asi por tu hijo, sin conocer su maldad y su intriga para impedir nuestra union? Yo seré víctima de vuestros caprichos; pero juro por el Dios que nos ha de juzgar, que hombre ninguno mas que este, á quien con vuestro consentimiento he jurado mi fe, gozará de la pasion y mano de esta desventurada. Livio es mio y yo soi suya: lo que el mútuo concierto de nuestras voluntades ha unido, no está en vuestra tiranía separarlo. Mira, mi adorado esposo, el daño que se ha hecho á nuestra virtuosa amistad, y no te quejes ya de tu Camila, que solo se resiste á lo que la suerte la niega para completar la desgracia tuya y la de esta infeliz, que

sin ti ya es imposible que viva.— Apenas acabó de pronunciar estas palabras perdió el sentido y cayó exánime, haciendo creer al pronto á su pobre doncella, viéndola inmóvil y fria, que estaba muerta, hasta que dando señales de vida, la llevó á la cama y la suministró algunos auxilios, con los que logró volviese inmediatamente en sí, consolándola despues con tan lisonjeras esperanzas, que al fin se tranquilizó un poco su espíritu, y acostándose en seguida, descansó algo, aunque con mucha inquietud, soñando con la cruel conducta de su hermano, representándosela la imágen medio muerta y espantosa de su querido Livio, cuyo sueño la causó tal desa-

sosiego y afliccion, que en toda la noche hizo otra cosa mas que llorar y suspirar; y no la faltaba razon, porque la sola posibilidad del suceso, que en este sueño ó vision se la presentaba, la causaba la mayor afliccion y tormento; y no hai que admirarse de que semejantes aprensiones, como las que tenemos durmiendo, puedan tener algun principio y representarnos muchas veces el porvenir; pues la historia nos refiere, que aquel Bruto, vencido en los campos de Pharsalia, vió en sueños en su tienda la horrorosa figura de un espíritu que le predijo su derrota. Yo confieso que la impresion de un grande miedo y el deseo de las cosas pintan frecuentemente en

la imaginacion (aun estando sereno el cuerpo) las imágenes de aquellos objetos que se han amado ó temido; y aun no teniendo inquieto el espíritu por alguna pasion, ó estando próximo á algun desastre probable, ve frecuentemente en sueños lo que no quisiera se le representase. Camila no deseaba la muerte de su Livio; mas sin embargo, no tardó mucho tiempo en verle muerto, y hacerle compañía en el sepulcro en vez del lecho, testigo de sus nupcias poco felices. Sin embargo, Livio por su parte no dormia, y estaba fraguando en su imaginacion los ardides que sirviesen á su empresa, y resolvió por último no quebrarse la cabeza ni atormentarse, sino espe-

rar la fortuna para tratar por todos los medios posibles de ganar á este hermano, que se oponia tan estrañamente á que no realizase el enlace en que estribaba la dicha de dos apasionados amantes que se miraban ya como consortes. Pero no pudiendo soportar mas su pasion en esta incertidumbre tan penosa, escribió una carta á su adorada Camila, y se la envió por una criada de su hermana que solia ir frecuentemente con recados á su casa, sobre asuntos que tenian entre una y otra: la cual hallándola sola, despues de haberla saludado en nombre de Livio y Cornelia, la presentó el billete, cuyo contenido era el siguiente.

«Camila mia, no alcanzo la cau-

sa de que consientas vivamos en tan cruel desesperacion, y que yo sufra un dolor que no tiene igual. Si deseas mi muerte, no necesito mas para recibirla que permanecer mucho tiempo en este estado; mas si apeteces mi dicha, y sientes la pena que sufro, en tu mano está el remedio contentando á tu mismo corazon y satisfaciendo á la honesta amistad que te profeso: tú sabes lo que ha pasado entre nosotros, y la poca consideracion que debes á tu familia: contempla con tu juicio y discernimiento lo que debes hacer, y yo pedir; y mira si puedes aplacar honradamente mi deseo, pues ya estamos de tal manera unidos, que no hai poder en la tierra que baste con

todo su rigor y tiranía para impedir que tú seas mi muger legítima y yo tu esposo. Mira, pues, la respuesta que me das para seguir tu voluntad y consejo en tan crítica situacion; porque yo verdaderamente me veo tan desesperado, que preferiré la muerte á vivir largo tiempo en tan dolorosa incertidumbre y tormento: asi, pues, en tu mano está la felicidad ó desgracia de este tu obediente amante y esclavo = *Livio.*

Camila, que deseaba tanto verse en union con su esposo, cuya pena aumentaba su inquietud y dolor, dijo á la criada, que despues de comer iria á ver á Cornelia y daria á Livio verbalmente la respuesta, porque temia viniese alguno de improviso,

y no se atrevia á escribir. La criada llevó esta contestacion á Livio, que no sabiendo la desgracia que la suerte le preparaba, estaba tan enagenado de alegría, que cuatro ó cinco horas le parecian mil años; sin embargo de que el placer moderó su inquietud de tal manera, que no hizo en toda la mañana mas que cantar á semejanza del cisne, que dicen pronostica su muerte con la melodía de su voz. De esta manera distraia su pensamiento, contemplando que su querida no podria ya en adelante tratarle con rigor, ni le negaria favor ninguno en vista de su palabra, pues que no restaba á su union sino la solemnidad y la publicacion del enlace, á pesar de la re-

sistencia de los parientes. Llega pues el ansiado momento del medio dia, y hé aquí la hermosa Camila que entra con su doncella, la que sabia todo lo que habia pasado entre los dos amantes, y queria ser conocida de Livio, para que no desconfiase de ella en cualquiera ocasion en que pudiese intervenir reservadamente en alguna cosa sin mas testigos. Es de inferir que nada quedaria en el tintero; pues en momento tan feliz para dos amantes nada se olvida, y aun la imaginacion parece aventajar en sus invenciones: nada en fin se perdonaron, pues embriagados en sus satisfacciones amorosas, se prodigaron mil y mil cariños, ignorando que ellos eran el térmi-

no de sus amores y de su vida; porque, mira, dice Camila, pues que estamos ya casados, y que lo que hemos hecho, no se puede deshacer sin perjudicar á nuestra conciencia, no tendrá mi hermano otro remedio que consentir en que yo sea tuya; y me parece que seria mui acertado y tambien el mejor medio de impedir á mi hermano que continuase haciendo mas resistencia, el concluir nosotros la obra que tan perfectamente hemos empezado. Livio, viendo que convenia Camila con su pensamiento, la abrazó tiernamente, jurándola que antes sufriria mil muertes juntas, que permitir se le privase ya de la dulce compañera que hacia su placer y su dicha; y la su-

plicó dispusiese la pronta ejecucion de lo que acababa de decir, pues que las cosas de amor son de una naturaleza diferente que las demas; porque en el amor todo quiere presteza, que es la que libra á los corazones de la cruel ansiedad en que viven; y es ventajosa por lo comun la brevedad para el suceso que apetecen los amantes, al paso que en el resto de los acontecimientos humanos se requiere un maduro exámen, á fin de que aquello que está bien meditado tenga un feliz resultado.—¿Sabes lo que has de hacer? le dice Camila: esta noche te introducirá en mi cuarto mi confidenta mientras yo entretengo á mi hermano; y despues que se haya retirado acorda-

remos lo que debemos hacer; pero te advierto que es preciso vengas por el jardin, porque por el otro lado habria mucho riesgo, en razon de las centinelas que hai siempre puestas para saber quien entra en la casa. — No tengas cuidado, dice Livio; pues me conduciré tan diestramente, que nadie nos descubrirá. Llegó, pues, la hora señalada, y fue mui puntual á cumplir su palabra con la presteza del rayo, siendo conducido apenas llegó á la puerta del jardin por la doncella confidenta de sus amores, á la que abrazó con el mayor placer, tanto por el servicio que le hacia, cuanto por el gozo que llevaba su corazon con la dulce idea de ver llegado el deseado momento

de asegurar la mano de su amada Camila. — Esta, despues que todo el mundo se retiró, se fue á su cuarto con aquella agitacion y ansiedad amorosa, que puede inferir el que se haya hallado en un caso semejante. Apenas entró en el cuarto, agitada y zozobrosa, le dijo á Livio sin tratar de emplear el tiempo en arengas ni en cortesías: «Querido Livio, bien convencida ya de lo mucho que me amas, y de que nuestra union hará un matrimonio feliz, salvando inconvenientes insignificantes cuando se hallan tan conformes nuestras voluntades, he resuelto poner un término á nuestras penas, dándote mi mano sin esperar permiso de nadie.» Al decir esto, hizo salir de otra pieza

un sacerdote y dos criados de confianza que tenia prevenidos, y ante ellos quedaron ligados por la vida estos dos tiernos amantes; pero fue tal el gozo interior de Livio, que al tomar la mano de Camila y oirla pronunciar el *sí* que habia causado sus ansiedades, perdió el sentido y cayó muerto á sus pies con sorpresa de los circunstantes, quienes á vista de la catástrofe y temerosos de las resultas, se pusieron en salvo, dejando á la desventurada esposa sola y sin consuelo, y sin saber qué hacer. Tal fue el fin desgraciado de este jóven Livio, quien en fuerza de la estrema alegría que le causó el verse ya dueño de su idolatrada Camila, y del esceso con que se en-

tregó al placer, espiró repentinamente sofocado en los brazos del mismo amor. Camila, viendo á su esposo inmóvil y sin dar muestras de vida, se encuentra desfallecida; y aunque con trabajo, llamó á la doncella que estaba fuera de vigilancia; y esta, acercando una luz, vió luego ser muerto el desgraciado Livio. Camila, sorprendida por tan triste como sensible espectáculo, trastornada por el dolor de ver difunto en sus brazos al que amaba mas que á sí misma, y temiendo al mismo tiempo el escándalo que iba á ocasionar un caso reservado solo á su desventurado amor, sintió tal emocion en su corazon, que repentinamente perdió la cabeza, y cayendo en un es-

tado de furor, tomó las pistolas que su esposo llevaba en la cintura, y las disparó sobre su pecho, cerrando para siempre sus bellos ojos; y con la diferencia de un instante siguió Camila á Livio, convirtiéndose en luto el placer mismo que causó la muerte á estos tiernos amantes.

Feliz modo de morir, si no tuviesemos que atender mas que á esta vida; pero como hai que mirar mas lejos, y el alma ve tan de manifiesto su perjuicio, es preciso confesar que esta muerte es la mas miserable que puede tener un hombre, y máxime cuando le priva de sus sentidos una pasion desenfrenada que se los arrebata, para que ni aun pueda arrepentir-

se de haber faltado á su deber: mas volvamos á nuestra historia. La doncella, viendo estas desgracias tan inesperadas, se quedó hecha un mármol sin poderse mover ni hablar: conoció al momento que ella debia ser precisamente una de las víctimas de esta nueva tragedia, por el papel que habia desempeñado en las primeras escenas; mas sin embargo, hallándose aterrada, sola con aquellos dos cadáveres, y traspasada de dolor, se entregó á la suerte, y se puso al momento á dar voces tan desentonadas, que despertó á todos los de la casa: el primero que casualmente acudió, fué el cruel Claudio, que por su malicia y encono era causa de aquella catástrofe, y vió

este horroroso y tierno espectáculo de dos amantes desventurados; y hallando á Livio muerto en los brazos de Camila, en lugar de reconocer su falta y lastimarse de la pérdida de estos dos jóvenes y leales amantes, se enfureció de tal manera, que se hubiera encarnizado mui gustoso contra aquellos cuerpos ya cadáveres; pero conociendo que ya no podian tener ningun temor ni sentimiento de su cólera, se estrelló con la pobre doncella, dándola cuatro cuchilladas con su espada, y diciéndola: «Muere tú tambien, infame, pues que eres la que daba entrada al que ha deshonrado mi casa, y causado nuestra ruina con la muerte de mi miserable hermana. — Des-

pues de cometido este bárbaro asesinato se marchó, dejando á su desgraciado padre el acerbo dolor de ver su casa llena de muertos, y aumentando su afliccion el inhumano atentado que acababa de ejecutar su hijo con la criada. ¡Ah! decia el pobre anciano, ¡qué tesoro tan miserable es una hija, y cuánto no deben vigilar los padres sobre esta fogosa é inesperta juventud! ¡Ah Camila, hija mia! ¡cómo has olvidado aquellos sentimientos de pudor y honradez que tanto aprecio merecieron en todo Cesenas! ¡Livio, Livio! ¿era este el honesto cariño que tú tenias á esta desgraciada para trastornarla el juicio, y ser el verdugo de su misma vida, dejando tal pena y afrenta á las

dos familias? Yo soi quien tiene la culpa, por haber dado tanta libertad á mi hija, y permitido fuese mas lejos que lo que alcanzaba mi vista. Aqui teneis, padres, un grande ejemplo de dolor: aprended en mí á cuidar de vuestros hijos con mas vigilancia y rigor que yo. ¡Ah! yo impedí un enlace ya prometido para ver la ruina de mi casa, y hacerme triste y enojosa la vejez, muriendo con este remordimiento y sin tener ya un heredero de mis bienes, habiendo fallecido Camila, y debiendo su hermano perecer infamemente en un patíbulo por el asesinato de esta otra infeliz!!!....

Queriendo continuar dando pábulo á su afliccion, viéndose ya so-

lo en el mundo, triste, perdido y desamparado, procuraron consolarle los vecinos, y estos le instruyeron de todo lo que habia pasado, con referencia á una carta confidencial que tenia escrita la doncella al que debia ser su esposo, verificado el enlace de sus amos; lo cual aumentó la afliccion de Regnier, y estuvo en riesgo tambien de cometer un suicidio por el rigor de su pena; pero viendo que no tenia ya remedio, apeló á la resignacion, y mandó hacer unas exequias solemnes á sus hijos, que fueron enterrados juntos en la iglesia de san Francisco en un mismo sepulcro, como muertos á un tiempo: la ciudad toda se vistió de luto; se suspendieron por todo el

dia los trabajos, y no hubo un habitante que no participase del sentimiento que causaron estas dos víctimas de amor, demostrándolo muchos, no solo con su tristeza y sus lágrimas, sino con los epitafios que hicieron en honor de la constancia, para ejemplo y memoria eterna de los males que ocasiona esta temible pasion cuando llega á dominar á las criaturas hasta el estremo de ofuscar su razon. Todos se compadecieron tanto del triste accidente ocurrido á estos amantes, que desde el mas anciano hasta el mas niño acriminaron, cual lo merecia, la crueldad de Claudio, al que don Ramiro Catalan, gobernador de Cesenas, bajo el nombre de César Borgia,

mandó degollar en un castillo, temiendo los clamores de sus parientes, á los que impuso de tal suerte, que tuvieron que conformarse. Hé aqui el fin de la vida y amores de estos dos amantes desgraciados, la que ofrecemos de ejemplo, no solo á la juventud sino á los padres de familia y demas deudos, para que unos y otros sean prudentes y procuren evitar las tristes consecuencias de una pasion exaltada, contrariándola, como aqui sucedió. Bastará que el hombre de juicio contemple que el amor es una rabia, que no tiene otro remedio que la razon para poder huir las ocasiones que trastornan el entendimiento y conducen á las criaturas á su ruina; y

últimamente, que es preciso obrar con juicio y moderacion para no comprometerse temerariamente unos y otros hasta el estremo de perder los bienes, la vida y el honor.

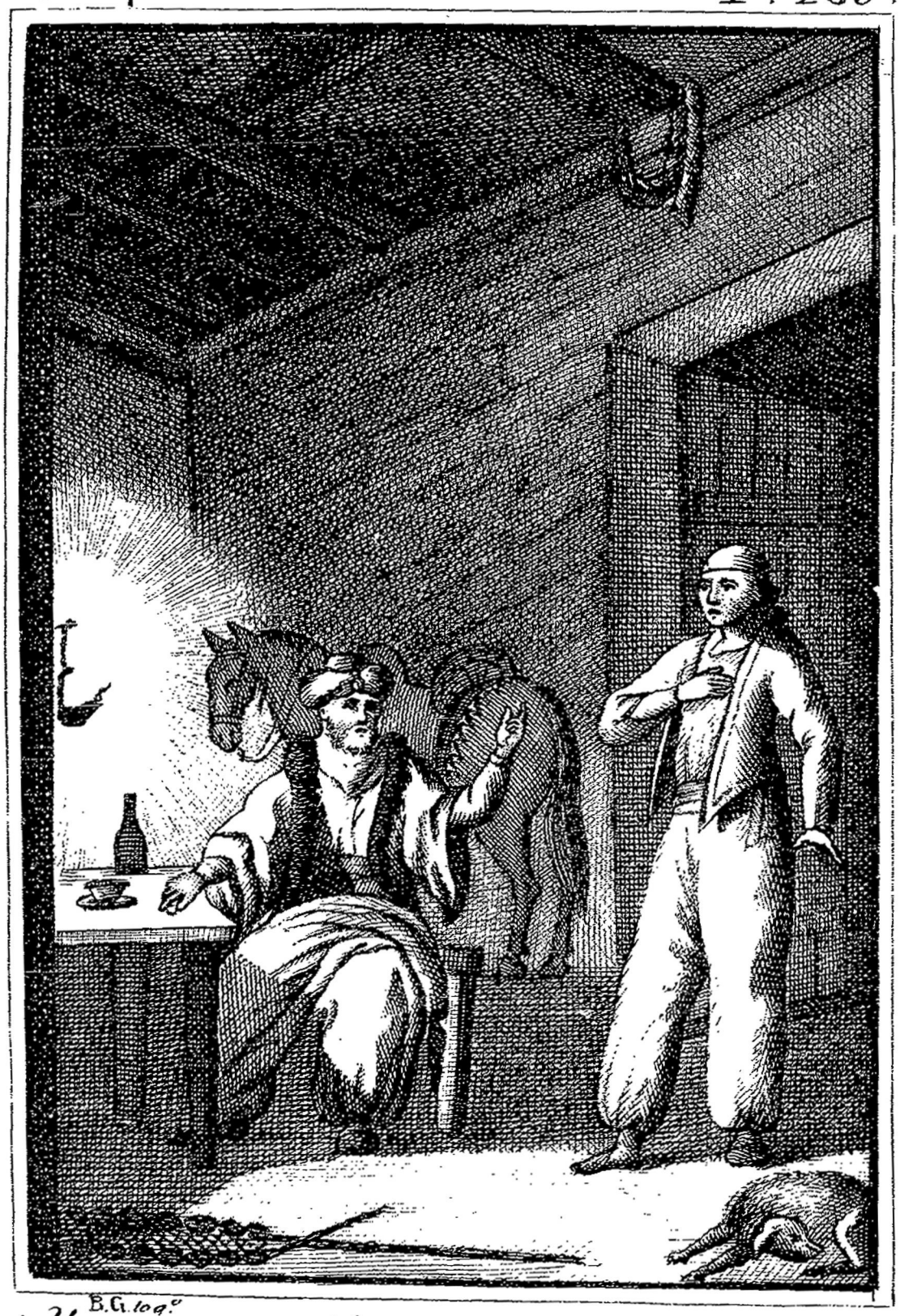
NOVELA.

EL PESCADOR:

Ó RASGO DE NOBLEZA

DE MANSOR,

REI DE MARRUECOS.



B.G. 109.º

¿Y que mayor bien puedo esperar de mi Rey que la recta administracion de justicia?

Considerando que la crueldad referida en las historias precedentes puede haber ocasionado mucha pena y dolor á mis lectores sensibles y humanos, y sabiendo al mismo tiempo que aquel que usa siempre de un mismo manjar, por delicado que sea, viene al fin á empalagarse y desecharle, voi por estas razones á cambiar ahora de asunto, dejando por un poco de tiempo las muertes, los degüellos, las desesperaciones y los accidentes trágicos ocurridos en el mundo,

sean efecto de amor, sean de codicia, de venganza ó de celos de un amante ó de un marido, convirtiendo mi estilo en otro asunto mas lisonjero que pueda servir de instruccion y ejemplo para seguir la virtud, y evitar el peligro de cometer aquellas faltas de gran consecuencia que denigran al hombre y le hacen perder su reputacion. Si los contrarios se conocen por lo que tienen de diferente naturaleza, la villanía de una crueldad se distinguirá y resaltará con mas horror y fealdad comparada con la nobleza de una accion, y será condenado el rigor cuando los grandes personages no traten de ganar el corazon de los inferiores con dulzura y generosidad. Asi,

pues, la grandeza del hombre constituido en dignidad y que ejerce un poder sobre otro, no consiste en mostrarse duro é inexorable, pues esta conducta solo es propia de los tiranos; á mas de que todo el que es temido por tal, es consiguiente que sea aborrecido, detestado y abandonado de todo el mundo. Asi es que vemos por la historia, que los príncipes que han aspirado á grandes conquistas, se han abierto el camino de ellas mas por su benignidad y condescendencia, que por el furor de las armas, estableciendo los cimientos de su grandeza por estos medios mas sólidos y durables, que los que llevando tras sí la desolacion y la crueldad, han saqueado pueblos, arruinado ciu-

dades, despoblado provincias y empapado la tierra con la sangre de aquellos que no ha perdonado el filo de la espada; pues sabido es que cuanta mas sujecion y rigor se hace sufrir por un gobierno á sus súbditos, mas se debilitan el poder y el amor. Hé aqui, por qué Antígono, uno de los sucesores del grande Alejandro, que hizo temblar á todo el mundo solo con hacer oir su nombre, viendo que su hijo se mostraba mui arrogante y sin decoro con uno de sus vasallos, le reprendió severamente semejante comportacion; y entre las muchas espresiones que empleó para significarle su desagrado, se cuentan las siguientes: *Debes saber, hijo mio, que el estado de un Rei en*

medio de tanto poder y opulencia no es mas que una esclavitud ilustre y noble. Espresion verdaderamente sabia; pues á un Rei, aunque se vea rodeado de sus vasallos, haciéndole acatamiento con tanta obediencia y respeto, ¿qué le importa todo esto, si es el mayor esclavo de ellos con tantas responsabilidades, con tantas fatigas y desvelos? Solo es grande y feliz cuando es justo y humano para gobernar á los hombres. La esperiencia justifica esta verdad; asi es, que cuanto mas llano y mas justo es un Monarca, mayor es su gloria y su poder, haciéndose admirable á todos, y conquistando sus corazones. ¿Qué es lo que ensalzó mas la gloria de aquel Julio César, el

primero que destruyó el gobierno de los senadores romanos? ¿Fueron acaso las victorias ganadas sobre los galos y los bretones, y despues á los mismos romanos que seguian á Pompeyo? Todo esto contribuyó mucho; mas no fue la causa principal de su engrandecimiento, pues lo que le dió mas lustre y prosperidad fue su clemencia y generosidad con todo el pueblo, mostrándose favorable hasta con aquellos mismos que sabia eran sus enemigos. Sus sucesores, como Augusto, Vespasiano, Tito, Marco Aurelio y Flavio, merecieron igual título de clementes. Don Rodrigo de Vivar, el valiente español llamado Cid, usó de la mas admirable generosidad con Pedro

de Aragon, despues de haberle batido y hecho prisionero, dejándole marchar sin rescate y sin apoderarse de ninguna de sus fortalezas, queriendo mas ganar á este Rei con beneficios, que quitarle la vida y grangearse el sobrenombre de cruel.

La historia que voi á referir, fue compuesta por un italiano llamado Nicoloso Baciadosie que se hallaba en Africa para traficar en la tierra de Oran, donde los genoveses y españoles hacian antiguamente mucho comercio, por ser un pais mui bueno, bien poblado, y donde los hombres, sin embargo de ser un pueblo bárbaro, estan bastante civilizados, pues usan de mucha consideracion con

los estrangeros, y parten generosamente sus bienes con los pobres, teniendo muchos hospitales donde reciben á los enfermos ó menesterosos, y los tratan con dulzura y benignidad. Con esta política y humanidad los franceses se complacen en escribir los sucesos de su tiempo, y forman memorias mui curiosas; lo cual fue causa de hallar esta historia registrando sus crónicas, que estan en caracteres arábigos, como la mayor parte de sus escritos, de la que el célebre Bándel, de cuyas obras yo la he estractado, confiesa haber sacado una copia de la que tomaron del original los comerciantes genoveses; y el motivo de haberla copiado con tanto interes aquel autor,

parece fue el de haber dado márgen esta historia á construirse una ciudad magnífica en aquella provincia, que en su lengua se llama Cesar Elcabir, que quiere decir gran palacio. No diré que esta historia sea de una particular importancia, pues nuestros reyes tienen frecuentemente acciones mas interesantes; pero puede tenerse como cosa rara y estraordinaria, si se mira á las personas y al pais donde jamas residió la atencion ni la urbanidad, y donde la naturaleza ha producido mas mónstruos que hombres dignos de elogio.

Este gran Rei, pues, llamado Mansor, era no solo señor temporal del pais de Orán y Marruecos, sino tambien (como se dice del

Preste Juan) Obispo en su lei y Preste mahometano: el mayor placer de este Príncipe era la caza; y de tal manera se distraia algunas veces en ella, que tenian que poner tiendas de campaña en medio de los desiertos para pasar la noche, y volver á repetir al amanecer la misma ocupacion; de manera, que ni la servidumbre ni las caballerías tenian un momento de reposo; mas en medio de esta estremada pasion no abandonaba sus deberes, pues la primera diligencia todos los dias era la de escuchar las quejas de sus vasallos, y administrarles justicia; en lo que tenia tanto placer, como en varias partes le tienen algunos magistrados en sacar provecho de la

autoridad que se les ha confiado, en lugar de dar á cada uno lo que de derecho le pertenece; y por esta corrupcion y codicia insaciable suelen ser mal servidos los Reyes, el pueblo sacrificado, y los malos vivir impunes y sin temor, porque no hai mancha, por grande que sea, que no se lave y se borre con la sagrada infusion con que Júpiter (segun fingen los poetas) corrompió á la hija de Acrisio encerrada en la torre. Hombres muchos hai que son justos; pero tampoco faltaron por desgracia otros que fueron venales, y se rindieron al imperio de un metal que no una vez sola tuvo subyugados bajo su dominio á muchos. Mas volvamos á nuestra historia, para no enojar

con digresiones al benigno lector, que debe sufrir inquietud cuando nos distraemos de nuestro intento. Este amable Rei pues, Mansor, se fue un dia hácia las lagunas inmediatas á la ciudad de Asela para tener mas libre el camino de las islas Molucas, que la mayor parte eran del Rei su señor; y estando persiguiendo un oso con el mayor teson, empezó á oscurecerse el dia, y se levantó una gran tempestad con tal viento y niebla, que la comitiva se estravió por un lado, y el Rei por otro, sin saber el camino que habia tomado ni á donde podria retirarse para guarecerse del huracan y de la lluvia furiosa que no se habia visto igual jamas. El Rei hubiera mui bien

querido ir tan bien acompañado como el troyano Eneas, cuando hallándose en igual situacion, se vió forzado á entrar en una gruta con su Reina Dido, donde concluyó los juegos de su desgraciado enlace: pero Mansor, sin compañía ni gruta, marchaba errante por aquellos desiertos, y no con poco temor de perder su vida entre tantas fieras como le rodeaban, sin saber cómo hallar á sus vasallos; y lo que mas le incomodaba, era, que estando solo y sin guia, aunque bien montado, no podia resolverse á pasar al otro lado por el justo temor de ahogarse: por un lado tenia rayos y centellas entre truenos espantosos, y relámpagos que contínuamente le ofuscaban la vista del

otro; ademas le aterraban el ahullido y bramidos de las fieras, y el horror que le infundia un camino que no conocia, ni era posible distinguir inundado por las aguas que corrian como rios, y le obligaban ya casi á nadar. No hai que dudar que en tal trance se acordaria de las oraciones y súplicas á su gran Profeta honrado en la Meca: se lamentaba de su triste situacion, acusando á la fortuna y mas aun á su locura de darse tanto á la caza para alejarse y verse en tierra estraña: algunas veces se irritaba y vomitaba mil improperios contra su servidumbre, amenazando á muerte á los de su guardia, aunque despues de serenarse y dando lugar á la razon, conocia

que el tiempo y no su comitiva era la causa de esta desgracia: llegó á creer que su Profeta era el que le enviaba aquella tempestad tan furiosa por algun pecado, reduciéndole á un estado tan peligroso para hacerle arrepentir y corregir sus faltas: con este motivo elevaba sus ojos al Cielo y hacia mil gestos mahometanos; pero cuando mas fija tenia su vista en el Cielo, se la hacia bajar un relámpago horroroso; y aun se aumentó su terror, cuando vió por último llegar la noche, la que con la oscuridad de su manto le detuvo los pasos y el medio de seguir su camino, poniéndole en tal confusion, que hubiera dejado en aquel momento mui gustoso la afi-

cion á la caza y á la compañía de su servidumbre por salir del peligro en que se hallaba. Mas Dios, que cuida siempre de las almas rectas, aunque infectas del error, y que hace brillar el sol para todos, le suministró un medio de salvarse de esta manera. Estando, pues, el Rei africano en tan funesto trance y sin esperanza alguna, vió no mui lejos un poco de claridad que salia como de una ventana mui pequeña: se acerca algunos pasos lleno de temores, y advierte ser una especie de gruta ó cabaña en medio de aquel desierto pantanoso, que le causó el mayor placer, cual es de imaginar, particularmente de aquellos que se hayan visto en semejante conflicto; pues

habiendo sido asaltado por los vientos, la lluvia, el granizo, los relámpagos, los truenos y los rayos, rodeado de lagunas y torrentes impetuosos de los rios que atravesaban el camino, creyó haber hallado un paraiso con el dichoso encuentro de aquella cabaña infeliz: era el albergue de un pobre pescador que vivia y mantenia á su muger y á sus hijos de las anguilas que pescaba en aquellas grandes marejadas. Mansor, apenas llegó á la puerta de este magnífico palacio, cubierto de carrizos y de barro, llamó, y nadie respondió la primera vez á este Príncipe, que estaba haciendo la centinela en una pobre cabaña con mucha paciencia; hasta que viendo no acudian

á saber quien llamaba, repitió su aviso en alta voz; y entonces el pescador, pensando fuese alguna vivandera de aquellas á quienes vendia su pesca, ó algun estrangero que se hubiese estraviado, salió al momento de su choza, y viendo un personage bien montado y ricamente vestido (aunque le tuviera por su señor á tener alguna idea de su persona), se figuró que seria algun caballero de la corte; y por lo tanto, le dijo: ¿qué aventura, señor, os trae á este parage tan desierto y solitario? ¡me admiro de que no os hayais ahogado mil veces en los precipicios y abismos de estas lagunas! —Dios, respondió Mansor, es quien ha cuidado de mí, y no ha querido que pe-

rezca sin hacer mas bien que el que he hecho hasta aquí. — En efecto, parecia pronosticar lo que sucedió; pues se dirá que Dios envió espresamente aquella tempestad para bien del pescador y alivio de toda la comarca, y que el estravío del Rei fue cosa ya determinada por el Altísimo para hacer cegar aquellas lagunas y pantanos, y limpiar todo aquel pais de la inmundicia de que estaba inundado. Iguales accidentes han ocurrido á otros príncipes, como á Constantino cerca de la nueva Roma, cuando hizo cegar tambien ciertas lagunas para construir sobre ellas un templo hermoso y suntuoso en honor y memoria de la Vírgen bienaventurada, que dió

á luz la salud del mundo. Pero dime, buen hombre, le dice el Rei, ¿no serás tú capaz de enseñarme el camino de la corte y el parage donde el Rei se retira? Porque de buena gana, si fuese posible, iria yo allá. — En verdad, dice el pescador, que no es tan fácil ni tan breve; pues de aqui al palacio del Rei hai mas de diez leguas, y necesitais para llegar mas de un dia. — Pues mira, una vez que tú sabes el camino, repuso Mansor, hazme el favor de conducirme, y te aseguro que á mas de quedarte eternamente agradecido, te trataré de una manera singular que no te quede acaso que desear. — Señor, dice el pescador, ya veo yo que vos sois un hom-

bre de bien, y por lo tanto os suplico echeis pie á tierra y paseis aqui la noche, porque ya es tarde, y el camino de aqui á la ciudad no es bueno. —No, no, dijo el Rei: es preciso, si ser puede, que yo vaya adonde el Rei se retira, con que hazme el favor de servirme de guia; pues te haré ver que no soi ingrato con los que me sirven. — Si el rei Mansor, responde el pescador, estuviese aqui en persona y me hiciese igual proposicion que la vuestra, no seria yo tan temerario ni tan tonto que me resolviese á llevarle hasta su palacio sin arriesgarme mucho á estas horas. — ¿Por qué, repone el Rei? — ¡Cómo! ¿por qué decis? Porque las lagunas son tan peligrosas, que

aun de dia, no conociendo bien los caminos, no hai caballo, por fuegos que tenga, que no perezca en esos pantanos; y yo sentiria mucho, si el Rei estuviese aqui, que tuviese el menor trabajo, y el ser yo causa por la imprudencia de no evitarlo.

Mansor, que se complacia de oir este lenguage del buen pescador, y que queria saber la causa de esplicarse con tal interés por su Rei, le dijo: ¿Pues qué te importa la vida, la salud ni la conservacion de nuestro Monarca? ¿qué asuntos tienes tú con él para tomarte tanta pena de que se estravie ó perezca?—¡Oh! dice el buen hombre: ¡si tengo interés por mi Príncipe! Yo le amo segu-

ramente cien veces mas que á mi muger, á mis hijos y á mí mismo: ¿pues qué no amais vos á nuestro Rei? — Sí, buen hombre, replicó el Rei; pero yo tengo mas motivo que tú, pues estoi frecuentemente en su compañía, y vivo del sueldo que me da; pero tú ¿por qué causa? Tú no le conoces, ni te ha hecho nunca ningun favor, ni puedes esperarlo. — ¡Cómo! dice el pescador: ¿debe acaso amarse mas al Soberano por los bienes que de su mano se reciben, que por su justicia y bondad? ¡Ah señor! ya veo yo que entre los cortesanos, los beneficios de los Reyes son mas estimados, y mas gratos los favores que los hacen, que la virtud y grandeza que á los demas nos los

hacen admirar; y que cuidais mas del dinero, de los honores y de los estados, que de la salud del Príncipe, á quien solo por el respeto de ser nuestro gefe y que Dios le ha hecho tal, para mantenernos en paz y ocuparse de nuestros asuntos y felicidad, debemos tributar cierto cariño, cual le tiene un hijo para un padre, interesándose tanto por su conservacion. Perdonadme si hablo en estos términos en vuestra presencia.

El Rei, que estaba disfrutando de un singular placer con esta filosofía rural, le respondió: nada hallo de malo en cuanto dices, sino el ser tus palabras hijas de la verdad. Pero dime: ¿qué beneficios has recibido tú del rei Man-

sor para amarle tanto? Porque yo no puedo pensar que jamas te haya hecho ningun bien ni favor viéndote en esta pobreza, cuando á todos los que favorece y ama los colma de beneficios, mostrándose con ellos tan familiar como benéfico. —Pero decidme, señor (replicó el buen hombre); pues que vos dais tanta importancia á los favores que los vasallos reciben de sus príncipes, como es debido, ¿qué mayor bien ni riqueza debo yo esperar ni puedo recibir de mi Rei, siendo el último de sus vasallos, que los beneficios que nos prodiga todos los dias en la justicia que hace administrar á cada uno, sin permitir que el rico ni el potentado aflijan al pobre por ha-

llarse desamparado de la fortuna? ¿No redunda en beneficio de todos el celo paternal que tiene para que aquellos, á quienes ha confiado el gobierno de sus provincias, no maltraten y arruinen á sus pueblos con tropelías y exacciones insoportables? Yo aprecio mas su bondad y clemencia, y el cariño con que trata á todos sus vasallos, que todas vuestras delicadezas y las comodidades que disfrutais siguiendo la corte: yo, repito, admiro y respeto á mi Rei, porque aun estando lejos de nosotros, nos hace sin embargo sentir su presencia, como la imágen de un Dios, en la paz y union que su sabiduría y humanidad nos proporcionan, haciendo que gocemos sin

ostáculos, peligros ni vejaciones de los bienes que la fortuna á cada uno distribuye. ¿Quién es sino ese buen Rei, el que nos preserva y defiende de las incursiones y pillage de esos ladrones y asesinos de la Arabia que hacen la guerra á todo el pais; y que no tienen amigo á quien no incomoden si no está siempre vigilante? Ese gran señor está en Constantinopla y se hace tambien adorar de los suyos; pero no tiene tan sujetos á los árabes como nuestro Rei, bajo cuya proteccion y salvaguardia, yo, que no soi mas que un pobre pescador, gozo de mi pobreza en paz y tranquilamente, sin temer á los ladrones; mantengo á mi familia, y me divierto en la pesca de anguilas

que tienen estas lagunas; las llevo á las ciudades inmediatas y las vendo para mantener á mi muger y á mis hijos: con esto me contemplo mui feliz, pues volviendo á mi cabaña rústica, soi contento aunque viva en un desierto y lejos de la sociedad de mis semejantes, por la vigilancia que tiene sobre mi bien estar ese buen Príncipe, porque no tengo quien me incomode ni estorbe en mis viages, ofendiéndome de ninguna manera: todo lo cual me obliga (dice levantando las manos y los ojos al cielo) á pedir á Dios y á su gran profeta Mahoma, que conserve la vida de nuestro Rei, dándole tanta felicidad y alegría como es de virtuoso y humano; y que sus ene-

migos, huyendo á su presencia, sean siempre vencidos y subyugados para que pueda conservar á su pueblo en paz, y criar á sus hijos con la felicidad y grandeza que merecen. — Mansor, viendo esta relacion tan afectuosa de este infeliz, y conociendo que estaba desnuda de toda hipocresía, se descubrió con placer; pero intentando hacerlo con oportunidad, le dijo: pues que tanto amas á tu Rei, no podrás ser indiferente á los de su casa, ni sufrirás tampoco violencia en hacerles un favor. — Y en ello, replicó el pescador, haré mas por el Rei que por los que le siguen solo por engrandecerse; y de consiguiente amándole tanto, podeis estar seguro de que todos sus cria-

dos pueden mandarme cuanto gusten; pues yo de buena voluntad los obedeceré: mas me parece no es regular que esteis de esa manera á la puerta rendido y mojado, y espero me dispensareis el honor de entrar en mi casa, que es vuestra, y descansar donde yo os pondré, no segun mereceis, sino como Dios y su Profeta permiten á mi pobreza; pues mañana os conduciré á la ciudad y hasta el mismo palacio de mi Rei. En verdad, respondió el Rei, que aun cuando la necesidad no me estrechase á ello, tus ofertas sinceras merecen mas aprecio que las de un potentado, y creo haber aprovechado mejor el tiempo oyéndote á tí que escuchando las palabras estudia-

das de los charlatanes que pasean la corte, y que no hacen mas que corromper los corazones de los príncipes. — ¡Cómo, señor!!! dice el pescador: ¿pensais que este humilde vestido y esta pobre choza no son capaces de seguir los preceptos de la virtud? Yo he oido decir algunas veces que los sabios de tiempos pasados, huyendo de las ciudades y de la sociedad de los hombres, se retiraban á los desiertos, para ocuparse alli de la contemplacion de las cosas celestes. — Mucho sabes, le dice Mansor: vamos, me quedaré; pues que quieres sea tu huesped esta noche. — Entra pues el Rei en aquel rústico alojamiento, donde en lugar de alfombras esquisitas de Tur-

quía, ve las redes y demas trebejos de un pescador, y de aquellos artesonados y ricos cielos rasos de los grandes señores, no ve mas que cañas y carrizos que sirven de techo á aquel infeliz albergue. La muger del pobre hombre estaba en la cocina mientras el Rei se servia á sí mismo de escudero y cuidaba su caballo, al que el pescador no se atrevia á llegar. De una cosa no careció y que le era casi la mas necesaria, y fue el fuego; pues tuvo leña con abundancia, asi como la pesca; pero el Rei que era bastante delicado, y que no gustaba mucho de semejante comida, le preguntó si podria proporcionarle un poco de carne, porque su estómago se indisponia so-

lo con el olor de las anguilas. — El pescador, que (como nuestros lectores habrán conocido por su conversacion) era mui natural y franco, se complacia tambien en hacer reir, y dijo al Rei: no me admiro ya de que los reyes se valgan de la gente del campo para hacer la guerra, en vista de la poca fuerza y estremada delicadeza de esos afeminados cortesanos. Nosotros, aunque la lluvia nos acometa de pies á cabeza todo el dia, y nos lave de arriba á bajo, y aunque el viento y el frio nos ataquen por todas partes, nada nos hace impresion, ni nos hace al caso el fuego ni la cama; de consiguiente, comemos lo primero que se nos presenta sin necesidad de salsa pa-

ra despertar el apetito, y vednos aqui sanos, robustos, sin enfermedades ni disgustos, al paso que los cortesanos y demas señores de las ciudades por la mas leve cosa sienten al momento aflicciones de estómago que dan pena y compasion. El Rei, que reia á carcajada tendida oyendo á su patron, le hubiera dado aun mas motivo de hablar si no le tuviese desazonado la necesidad de tomar algun alimento, porque era ya bastante tarde; y asi le dijo: vamos, yo te daré cuanto me pidas; pero me has de proporcionar lo que te he dicho, pues despues satisfaremos á lo demas. — Está mui bien, señor, respondió el pescador, pues no hai duda en que estómago ham-

briento no quiere chanzas. Tengo un cabrito que aun está al pecho de la madre, y voi á componeroslo, pues nunca puede emplearse mejor. —Esta cena, con la graciosa é interesante conversacion del pescador, fue mui divertida para el Rei, á quien por distraerle no dejaba apenas tomar la palabra, sin cesar de hablar con mucho tino en medio de su sencillez y de los términos propios de una cabaña, hasta que al fin de la cena dijo al Rei: esta cena, señor, no ha sido tan suntuosa como las que ordinariamente tienen los señores de la corte; pero me parece que habeis de dormir con tan buena gana como habeis cenado, sin ocuparos en discurrir ni cavilar en el

tiempo que ha durado. ¿Pero de qué sirve emplear en pláticas el tiempo destinado al descanso y á la nutricion, cuando no se hace mas que perderle y aproximarse mas al último dia, comiendo tantos manjares que debieran usarse solo para sustentarse y no para regalar un cuerpo débil y caduco y acelerarle la vida? — Es verdad, dice el Rei, tienes razon, y soi de opinion que dejemos la mesa y nos vayamos á pasar lo poco que resta de la noche en descansar; pues creo que lo haré con el mismo placer que he cenado; y te doi infinitas gracias por tus reflexiones y buenos consejos. — El Rei, pues, se acostó y no tardó en dormirse, pasando toda la no-

che hasta la mañana en un sueño mas dulce que el que jamas habia podido disfrutar tan tranquilo en su rica cama y palacio; y á la aurora hermosa y risueña que se goza en el campo, fue el pescador á dispertarle para conducirle á la corte.—La comitiva estaba llena de una justa inquietud, y no habia cesado en toda la noche de buscar al Rei á fin de evitar una desgracia, hasta que marchando con su pescador, oyó los gritos y fue á su encuentro: aqui fue la admiracion y sorpresa del honrado conductor del Rei, cuando vió el respeto y homenage que le tributaban tantos señores; mas el Soberano, advirtiendo su sorpresa, le dijo: mi amigo, aqui tienes á ese Mansor de

quien ayer hacias tanto elogio, y á quien tanto dices que amas: ya puedes decir que has abrigado en tu choza al que no tardará mucho tiempo en corresponder á tu hospitalidad y cariño, de tal suerte, que jamas se borrará de la memoria de los hombres. — El buen pescador se habia ya puesto de rodillas para suplicar al Rei le perdonase el poco obsequio que le habia hecho, y la franqueza y libertad con que le habia hablado; pero Mansor, haciéndole levantar y marcharse, al despedirle le dijo: á Dios, pescador virtuoso, el Profeta te acompañe; y en pocos dias tendrás noticia de mí. — El Rei mandó construir casas grandes y hospederías magníficas sobre es-

tos pantanos, para retirarse alli cuando fuese á caza, y en seguida se fue formando una hermosa ciudad, despues de haber mandado terraplenar todas aquellas lagunas, lo que se hizo ejecutar al momento; y haciendo cercar todo el circuito de buenas murallas y profundos fosos, concedió el generoso Mansor inmunidades y privilegios á los que quisiesen retirarse á aquella ciudad para poblarla, lo que fue causa de venir á ser en poco tiempo una hermosa y rica poblacion, que es la que hemos llamado antiguamente César-Elcabir, es decir, palacio magno; y estando ya concluida esta obra maestra, mandó llamar Mansor á su pescador, y le dijo: Para que en ade-

lante puedas recibir á tus Reyes como deseas, te doi en propiedad para tí, para tus hijos y descendientes esta ciudad que he mandado levantar sobre los pantanos que rodeaban tu choza, sin mas retribucion ni carga que el reconocimiento, para que conozcas el mio, y sepas que tu rei Mansor no es de los que premian tanto la adulacion como la sinceridad y las virtudes. — El buen hombre viendo tan bella accion, digno presente de un Rei tan magnánimo, se arrojó á sus pies, y besándolos le dijo: Señor, si vuestra singular generosidad no cubriese la imperfeccion de mi mérito, y no supliese lo que falta en mí, me veria precisado á renunciar el alto ho-

nor y beneficio que vuestra innata y real piedad me dispensa, y para la que, por no estar acostumbrado, me conceptuo poco idóneo; pero pues que los beneficios de Dios y las gracias de los Reyes jamas deben ser despreciados, admito y obedezco, dándoos gracias con los puros sentimientos que abriga mi sincero corazon, segun lo exige la clemencia de vuestra Real Magestad, y os juro ser mientras viva esclavo de vuestra voluntad y de la de toda vuestra Real Familia.—El Rei, oyéndole hablar con tal cordura, le levantó, le abrazó y le dijo: ojalá que todos los que gobiernan mis provincias tuviesen un corazon tan puro como yo veo el tuyo, pues entonces los

pueblos vivieran con mas comodidad y contento, y yo con menos cargos de conciencia que los que tengo por no corresponder á mi confianza los vasallos que postergan el público interes. Gobierna, pues, tu pueblo; ahí le tienes; hazle observar las leyes, y procura aumentar su poblacion y hermosura en honor tuyo y satisfaccion mia; pues desde este momento eres su dueño en propiedad perpétua, siguiendo tu familia el órden de sucesion.—En verdad que no era de despreciar el presente; pues llegó á ser una de las mejores ciudades de Africa, y era tierra de negros, como los llamaban los españoles por la proximidad tambien á la isla de este nom-

bre. Era esta hermosa ciudad de César-Elcabir mui abudante de huertas y jardines, y en sus mercados se hacia mucho comercio de especería que llevaban de las Molucas, islas de la India.

El rei Mansor, pues, hizo ver con esta accion la fuerza de un corazon noble, que no puede sufrir que otro le aventaje en generosidad, y menos que un olvido ó indiferencia de los beneficios recibidos le haga acreedor al título de ingrato. El rei Darío, apenas recibió la dignidad real, recompensó á Silo el pequeño obsequio de unos arreos para su caballo, haciéndole señor soberano de la isla y ciudad de Samos. Pero ¿qué virtud mayor puede honrar mas el nom-

bre de un hombre elevado que la de reconocer á aquellos que por su humildad y natural vergüenza no se atreven á contemplar su grandeza? Dios mira algunas veces con mas placer los presentes de un pobre, que todas las gracias y riquezas que le presenta un poderoso. Asi, pues, un beneficio, de cualquiera mano que sea, no puede menos de producir el fruto de la liberalidad en el que recibe, si quiere no ser mirado como ingrato, y gozar en su corazon de la satisfaccion de hacer bien, y de corresponder á quien se lo hace.

Mui laudable es la accion de aquel que con un beneficio obliga al reconocimiento del favorecido; pero cuando un poderoso cree que

todos sus inferiores tienen obligacion de prestarle toda clase de servicios, no tiene lugar el elogio que sus gracias hubieran de otra manera merecido; porque los actos voluntarios y los presentes ó demostraciones de respeto, generosidad y cariño, aunque fueren de un esclavo á su soberano, deben ser siempre, si no recompensados, agradecidos. — Ofrecemos, pues, á la alta nobleza esta historia del rei bárbaro Mansor, para que procuren imitarle, obrando siempre con dulzura, cariño y generosidad con toda clase de personas para merecer los títulos y honores que gozan, y el mayor, que vale mas que todos, cual es la estimacion y buen concepto en la sociedad; y

dando fin á esta historia, volveremos á tomar las trágicas, que habiamos suspendido para dar un desahogo al espíritu afligido con los horrorosos casos y crueldades de las anteriores.

HISTORIA TRÁGICA 9.ª

LAS

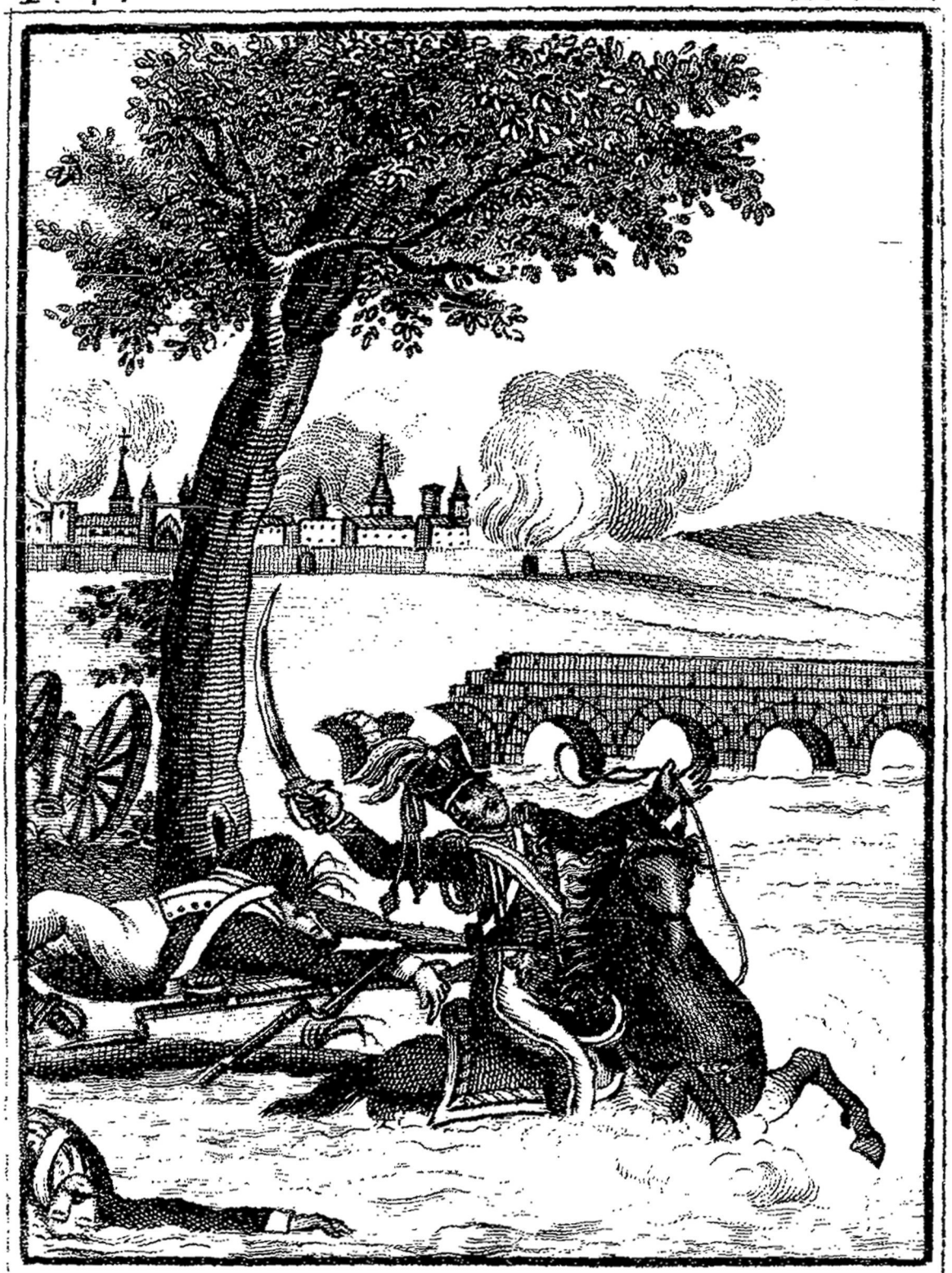
VÍCTIMAS DE BELONA,

ó

LA MUERTE GLORIOSA

DEL PRÍNCIPE

PONIATOWSKI.



B. G. lo g.o J. V. lo dib.o

¡Ciencia funesta! Ciencia infernal! Cuando cesaras de ejercer tu horrorosa tactica?

Todo el elogio de un héroe está encerrado en su nombre.

Ya el buril, el pincel y los cien clarines de la fama han publicado en toda la Europa que el príncipe José Poniatowski, nuevo Horacio Coclés, aunque menos feliz, eligió un sepulcro glorioso en el rio Elster en la batalla de Leipsig, y que por una adhesion heróica pre-

firió una muerte ilustre á una vida vergonzosa: ya, digo, la Polonia toda, engreida de ser la cuna de este héroe, le ha erigido estátuas, y los mas hábiles artistas acaban de reproducir en Varsovia en un mármol casi animado las facciones de un guerrero que el mundo admira.... ¡Mas ah, tributos, homenages impotentes! vosotros, frágiles laureles, no sois aun dignos, con todo vuestro brillo, de ceñir la frente augusta que coronais, y ni el mármol ni el bronce serán monumentos bastante durables á la gloria de Poniatowski. Para elogiar á un Ajax seria necesario un Homero. La lira de un singular genio poético fuera la que pudiera celebrar en acordes belicosos aque-

lla triple batalla en que el bronce de veinte pueblos coligados alcanzó apenas el triunfo sobre una nacion invencible; en que unas masas de infantería cosmopolita, herizadas de hierro, é inflamadas de pólvora, hicieron por espacio de tres meses inútiles esfuerzos para arrancar á viva fuerza la victoria á un ejército que puede ser hubiera triunfado aun, si de su mismo seno no hubiesen salido enemigos que le vendiesen.... Fosos inmensos abiertos bajo los muros de Leipsig, lúgubre magestad de aquellos innumerables sepulcros, inspiradme en mis narraciones, y decidme cómo se puede hablar dignamente de la muerte gloriosa de cien mil héroes!!!

No es mi ánimo trazar, como historiador militar, ni como escritor político, todos los horrores de este cuadro sangriento: no; lo haré solo como filósofo observador, como pintor filantrópico; trataré únicamente de hacer un bosquejo imperfecto, y de seguir en las famosas acciones del 17, 18 y 19 de octubre de 1813 el carro ensangrentado de Marte, repartiendo la muerte en un espacio de diez leguas, sin que sean bastantes á contener sus horrorosas destrucciones los ostáculos de la noche....

La batalla de Berlin, en la que el humo de la artillería francesa cubria ya los campanarios de esta capital, se habia perdido, y concentrados despues todos los cuer-

pos bajo Leipsig, formaban un vasto círculo de batallones impenetrables. Este fue el teatro que toda la liga eligió para decidir de los destinos de la Europa. A pesar de un tiempo nebuloso y algunas veces lluvioso; á pesar del viento frio de las noches, el fuego del vapor circuló al momento en todos los corazones franceses, y el primer cañonazo fue para aquellas inmortales falanges de la antigua Galia una conmocion eléctrica de gloria que los hizo abrasar á todos por el amor de vencer. Aqui es, sobre yerba mil veces hollada por los caballos, donde los valientes y fogosos escuadrones, al oir el mortal clarin, rompen con la mayor intrepidez murallas de rusos,

de suecos, de prusianos y de ingleses: la victoria es ganada por un punto, y al momento es perdida por otro: los escuadrones franceses, vencedores del primer encuentro con el enemigo, son despues víctimas de un ardid de guerra, y hallan la muerte sobre un volcan de artillería que aquellos habian emboscado. La caballería ligera, semejante á la hoz rápida que en manos del labrador hace caer los tesoros de Céres, cubre aquel terreno de cadáveres; y el cúmulo de muertos y de moribundos forma por sí solo una muralla favorable á las legiones fugitivas. En este huracan espantoso, en medio de estos estruendos del trueno artificial, cae sin cesar una lluvia

de sangre, y tiñe los surcos de púrpura: miembros humanos envueltos en el fango descansan ya confundidos con los miembros de animales inmundos: la cabeza de un toro, que no hace nada era el espanto de los valles, el orgullo de los rebaños de los lugares inmediatos, y el de una tierna becerra, se confunden horriblemente con el cuerpo ensangrentado de un artillero muerto junto á su cañon. ¡Reunion horrorosa!.... Los caballos que tiraban de esta pieza, muertos por las balas, han mezclado la espuma de su sangre con la sangre de los artilleros. En este monton de carnes muertas y enlodadas estan clavados los dientes de un caballo en la cara de un

cadáver, y uno y otro boca con boca en una lenta agonía se han comunicado las últimas angustias de su muerte.... Espectáculo asqueroso y horrible, tú podrás existir, pero no podrás jamas ser sino débilmente descrito.

Mas pasemos de los episodios á los grandes objetos que se presentan por todos los horizontes desde aquel punto de centro: treinta pueblos ardiendo por todas partes ofrecen un espectáculo de los mas horrorosos: las llamas culebreando por los aires enfurecidos, el ruido de los campanarios que se desploman, producen de cuando en cuando un furioso estruendo sordo que forma una base sombría y espantosa en esta horrible armo-

nía : millares de palomas inocentes huyen á todo vuelo de sus palomares, mientras que una nube de cuervos que han acudido de los contornos septentrionales al olor de tanta carnicería, celebran ya con su paso aciago, dando vueltas y revueltas, las locuras de los hombres que van á suministrarles con sus mismos cuerpos un abundante pasto.... Pero todos los sentimientos humanos deben ceder aqui el paso á los intereses delicados de la gloria y del honor. «Ese pueblo oculta una batería,» dice este General de artillería : al momento veinte obuses, mensageros furibundos de la muerte, le reducen á cenizas. Este hermoso palacio, obra de diez siglos, puede encu-

brir tiradores peligrosos, y el fuego debe al instante demolerle. Belona no se para en dificultades ni perjuicios nunca en su ciego furor; sin embargo de que el caballero del palacio, con su esposa desconsolada, madre de dos jóvenes hermosas, sorprendidos todos y cercados por el fuego y las ruinas, van á sufrir una muerte cierta.... Es preciso vencer, y no importa á qué precio; y cuando el historiador hable de la gloria de las armas de una nacion, no se dignará ni aun de informarse si ha sido derramada la sangre de tantas víctimas inocentes.... Asi, mientras que los palacios, las casas de recreo y pueblos enteros son pasto de las llamas; mientras que los ganados

y todos los animales consumidos en los establos y en las granjas ofrecen la triste imágen de la destruccion general; mientras que los artesanos y labradores, particularmente los ancianos caducos, salen arrastrando sobre sus muletas; y mientras que las mugeres desmelenadas se precipitan entre los escuadrones enfurecidos, y hallan la muerte al momento en la metralla que vomita el cañon, los Príncipes, los Mariscales, los Generales, siempre serenos y frios en medio de este vasto incendio, decretan la muerte con faz serena é imperturbable, y con el mapa en la mano saben á punto fijo por el arte de una ciencia topográfica, en qué terreno se puede mejor des-

trozar al enemigo.... ¡Ciencia funesta, ciencia infernal! ¿cuándo cesarás de ejercer tu horrorosa táctica?... Mas las sombras de la primera noche de esta sangrienta batalla apagan ya insensiblemente la luz del dia; el hombre las ve descender con un secreto disgusto; no se podrán distinguir sus víctimas en la oscuridad, y será forzoso esperar la aurora para entregarse á nuevos estragos: el arma blanca debe estar ociosa, y solo el fuego de la artillería será el que se use para destruirse mútuamente. Por todas partes se ven como erupciones de llamas volcánicas: es la luz del cañon que dispara sobre las columnas, cuyo movimiento se ha descubierto por me-

dio de las ollas de campaña; y los ecos de una cordillera de montañas en anfiteatro detras de los ejércitos, haciendo conocer á las ciudades lejanas que se estan degollando á distancia de veinte leguas, las ponen en la mas viva inquietud sobre el suceso de la accion. Mas durante esta misma primera noche, mientras los heridos llegan en masa á Leipsig á pie, en carros, furgones ó parihuelas; mientras que los habitantes, consternados, habiendo recibido la órden de iluminar sus calles y ventanas, abren las puertas al valor desgraciado; mientras que las mugeres se apresuran á llevar paquetes de hilas á los hospitales, en que frecuentemente se hacen

á un tiempo veinte amputaciones en una magnífica sala, que la víspera habia sido de baile; y mientras que en fin, los cohetes á la Congreve revolotean sobre los tejados de las casas, han sido tomadas todas las disposiciones para que el segundo acto del sangriento drama sea igual en horrores á los del primero. Apenas la aurora alumbra un poco el campo de batalla, cuando todas las máquinas homicidas estan ya en movimiento, renovadas las municiones, y la sangre, apenas fria en las lanzas, va á mezclarse á nueva sangre: la fatiga de las guardias, las privaciones del hambre, nada es capaz de suspender el furor de los ejércitos, que para ba-

tirse con denuedo unos y otros no necesitan mas que sus fuerzas morales. Fórmanse las secciones, la caballería se pone en línea, se distribuyen cartuchos, el soldado los toma tambien de la cartuchera de su camarada muerto en la víspera, y cuyo cadáver durante la noche le ha servido de almohada: se prepara; límpiase los sesos que han saltado sobre su rostro; cambia sus armas por las mejores, y sin pensar en el peligro, no se ocupa mas que de la gloria de su regimiento. Mas durante esta distribucion de cartuchos, viene á caer un cohete fatal sobre los furgones abiertos de las municiones: salta todo en una horrible esplosion: hombres, caballos, cañones,

todo es dispersado en átomos, y los mismos efectos y cuerpos mutilados van aun á llevar la muerte á las filas de una reserva que esperaba con las armas en la mano el honor de participar pronto de la batalla. Pero estas pérdidas, estos estragos en detalle no son mas que episodios insignificantes de la guerra; y asi como en una banca los príncipes y potentados aventuran á veces todo el valor de una importante propiedad, y no se hace mérito de otros puntos insignificantes que arriesgan oscuramente algunas monedas de oro; lo mismo veinte ó treinta furgones volados y cien artilleros hechos pedazos no impedirán la trágica representacion de la pieza, y por un ma-

quinista de menos entran mil á reemplazarle. Dejemos ahora á estos desgraciados artilleros, ciegos, cojos, mancos, desfigurados como los Gedipos sin sus Antígonos, que adivinen el camino del hospital que debe ser su sepulcro, y volvamos á las grandes masas movibles, que semejantes á Vesubios ambulantes no se detienen mas que para lanzar metódicamente su fuego.

¿Qué hacia el gefe en medio de esta carnicería?.... Luchaba en vano contra el destino, cuya mano de hierro pesaba por todas partes sobre sus valientes divisiones. Queria hacer frente á todos los peligros, conociendo, aunque tarde, que habia vuelto ya á treinta leguas de alli por naciones enteras: no

era pues, sino por coger laureles inútiles, el prodigar la sangre de sus soldados!!!.... no era sino por hacer admirar con esfuerzos impotentes que la infantería marina se burlaba en Leipsig de los peligros, como habia despreciado muchas veces los abismos del mar!!!.... De todos modos, estan en el segundo dia de la batalla, y la carnicería no cesa: lobos espantosos penetran en pleno dia en la ciudad huyendo: ruedan por los tejados de las casas las balas, el cañon se acerca, y las divisiones francesas rechazadas amenazan tomar la ciudad por único refugio. En peligro tan inminente el Rei de Sajonia y la jóven Princesa dejan sus palacios, y se refugian en la plaza, en una ca-

sa guardada por dos batallones sajones; por consecuencia, no es ya una batalla lejana cuya distancia permite siempre un campo libre á las congeturas felices ó desgraciadas: la sangre correrá ya en las plazas públicas y en las casas: los hospitales, las iglesias y los palacios no serán sino cloacas infestadas de miembros mutilados, de cadáveres y de escrementos.... Los rincones de las mojoneras son el último asilo de un herido, que muerto de hambre engulle en su estómago la yerba enlodada, y muere sobre el barro que le ha servido de cama. A pesar de todos estos males reunidos, se da la orden (y la historia recogerá sin duda este suceso) á todo amputado de un miem-

bro solamente para salir de la plaza: por lo que solo los que hayan tenido dos brazos ó dos piernas cortadas, han adquirido el derecho funesto de permanecer en aquella mansion de horror!!!....

El terror, el interes de las grandes sensaciones, el espanto y la admiracion son inspirados sobre tantos puntos, que el observador, el filósofo no saben donde fijar su pensamiento en estos grandes espectáculos del alma; por todos goza de los dolorosos espeluzos del terror; y en cierto modo se muestra arrogante de estar aun vivo en medio de tantas ruinas, tal como una roca inaccesible á la impetuosidad de las olas y de los vientos: desentendiéndose de aquel conjun-

to despreciable de ideas vulgares, se eleva su imaginacion á las escenas magestuosas de la muerte, sin dejar de lamentarse de la causa terrible que las motiva. Asi pues, ¿qué importa que una familia anegada en lágrimas haga llegar sus gritos á la casa inmediata; que tiernas vírgenes sean profanadas brutalmente por el hombre inmoral; que aquel niño sea degollado en su cuna.... que la cabeza cana de aquel anciano venerable sea dividida en dos partes de un hachazo, y que el seno de esta jóven esposa tendida en su lecho tenga aun atravesada la espada con que fue herida?.... Todos estos objetos, considerados asi particularmente, son en efecto bien terribles y es-

pantosos; mas para el historiador no son mas que circunstancias accesorias que deben indicarse solamente, lejos del plan principal de la escena.

Aunque en bosquejo, creo haber ya dado al lector, que nunca haya visto semejantes espectáculos, una idea bastante estensa de una batalla decisiva: el pintar ahora las particularidades todas que se multiplicaban á cada paso, como heridos gritando, heridos abandonados, otros muertos á coces por los caballos, ó aplastados por los cañones pasándoles por encima las cureñas.... el cuadro interesante de aquel General, conducido por ocho granaderos de la guardia sobre unas ramas de árboles cubiertas de

verdes hojas que parecen una confusa reunion de laureles.... mandando este mismo General á sus generosos soldados, que vuelvan al campo del honor, mientras él lucha con la muerte que espera al ver la profundidad de sus heridas.... Todos estos lances no podrian menos de conmover fuertemente el sensible corazon de mis lectores: ¡mas ah, qué diferencia no hai aun de cuanto se puede decir á la realidad! Solo despues de haber participado del peligro en la accion pueden conocerse y penetrarse todos los horrores que alli pasan; pues de otra manera no hai pluma que pueda describirlos. Me acordaré toda mi vida de aquellas lágrimas gloriosas y heróicas de un

coronel jóven de húsares, que (á pesar de hallarse con un muslo colgando del arzon de la silla, con una pierna de menos, que le habia arrebatado una bala de cañon, y no advirtiendo en él mas que una masa informe de fragmentos de huesos hechos astillas, pedazos de carne como yesca y con una pérdida horrorosa de sangre) no se lamentaba ni afligia de su desgracia y horroroso estado, sino de la pérdida de su regimiento degollado en mas de dos terceras partes, buscando en las calles y en las plazas el resto de sus valientes soldados para vengar, herido segun se hallaba, la muerte de sus compañeros de gloria.

Alli se ve una escena de grandeza de alma; aqui un rasgo de bar-

barie y la vergüenza de las naciones civilizadas. Los oficiales enfermos y heridos son echados de sus alojamientos sin humanidad ni pudor por los amos ó por sus lacayos, que cometen la infamia de violar con ultrages y por medios humillantes el carácter sagrado de un militar herido, al paso que en otra casa inmediata se prodigan por unas jóvenes humanas sus cuidados hospitalarios á unos granaderos de la guardia vieja. El pincel mas diestro no acertaria á describir tantas monstruosidades: el hombre sensible enmudece con sensaciones tan dolorosas y tiernas: la beneficencia se ofrece á el lado de la crueldad de los calmucos de la Siberia, ó de los robinto-

nes de la América meridional, y el escritor se ve forzado á estampar á cada instante sus opiniones; por lo demas, todos estos acontecimientos no son (si puedo esplicarme asi) mas que unas pequeñas ayudas de parroquia de la metrópoli: las grandes masas siguen obrando siempre, y si un número de barcos ligeros se han sumergido ya en este naufragio, el navio de Belona no por eso deja de marchar á toda vela sobre un mar de sangre, á pesar de las desgracias y de las tempestades. Sin embargo, el navio frances, siguiendo esta metáfora, se veia forzado á evitar el combate en adelante, habiendo vuelto el enemigo, y avanzado su ejército al desfiladero de las Salinas, ocu-

pado por él príncipe Bernardote; y no obstante este peligro, sesenta mil bávaros á caballo sobre el camino de Hanau á Francfort cortaban enteramente la retirada del Rhin. Ya no se puede tratar mas que de realizarla, y no cesar de vencer algun tiempo para aprovechar despues una ocasion favorable. Se acerca este momento terrible en que la esplosion de un puente colocado sobre el Elster, cerca de los baluartes de Leipsig, fue la señal del horroroso sacrificio de cuarenta mil hombres, que como los trescientos esparciatas de Leonídas en el desfiladero de las Termópilas, fueron inmolados á la conservacion del resto del ejército. Vosotros, valientes y generosos polacos, es-

tuvisteis alli siempre en el puesto mas peligroso, vosotros formabais la vanguardia en los sucesos, y la retaguardia en los reveses. Veo relucir aun vuestras lanzas á los rayos pasageros de un sol nebuloso; admiro aun vuestro aire marcial, franceses por el valor, polacos por la fidelidad. Veo á vuestro joven y generoso príncipe, el ilustre Poniatowski, cuya sombra augusta inmortalizará las orillas del Elster. En la edad de las tiernas pasiones no ha conocido sino la del honor y de la gloria, y á pesar de las lágrimas de una esposa y las caricias de un hijo, se ha separado de sus brazos, para ir volando á donde le llamaba su deber. A la cabeza de sus escuadrones ¡qué bello estaba con

aquel brillante uniforme de coronel general! No es su lujo ni sus decoraciones de ricas pedrerías lo que á mí me llama la atencion, sino su graciosa fisonomía, al mismo tiempo imponente, que contradice los sentimientos de viva inquietud de que es agitado. Los cuerpos de ejército que apoyaban su derecha y su izquierda sobre los flancos de sus escuadrones, parecian solo gloriosas víctimas, cuyo sacrificio era necesario para asegurar la salud del ejército: pero mientras nuestro héroe opone sobre los baluartes de Leipsig una frente serena é impasible á las bombas, á los obuses y á las balas que diezman sus regimientos, el puente (de triste y mortal memoria) se ve encumbra-

do de equipages, ruedas quebradas, y caballos rendidos: alli caen los obuses, los cadáveres; los moribundos se multiplican, y á las dos de la tarde en el dia fatal del 19, no es sino pasando por encima de cuerpos humanos y efectos innumerables, como se logra abrir camino en aquel terrible paso por entre caballos destrozados y soldados heridos con los brazos alzados, queriendo aun levantarse en medio del horroroso estruendo de la artillería que descarga sin cesar sobre los cadáveres desnudos, mui felices de no tener mas que una vida que perder para ser insensibles á estos nuevos ataques de la muerte.

Los contornos son igualmente

espantosos: las casas se desquician, y sepultan bajo sus ruinas las columnas que por allí quieren abrirse paso: el rio se halla encumbrado ya de fragmentos de toda especie, presagio funesto de una ruina total: las descargas de fusil salen ya de todos los cuarteles adyacentes ocupados por los suecos: las tesorerías son saqueadas, las arcas forzadas con las hachas, y el oro derramado por el barro es bien pronto abandonado por hombres, que de todas partes ven una muerte cierta. A la artillería volante del enemigo se junta el fuego de la de posicion y la de las murallas: las bombas caen á plomo sobre masas de hombres y causan un estrago horrible; otras

caen sobre pilas de muertos, y esparcen por aquel campo sus cabezas y sus cuerpos hechos pedazos.... En fin, este puente minado, este puente atravesado de combustibles y rodeado de barriles de pólvora, salta, lanzando al aire las entrañas de innumerables infelices, cabezas mui bien cortadas por los efectos singulares de la pólvora, ruedas, cajones, cascos, chacós, piedras enormes, cuerpos de cadáveres, caballos enteros que despues de haber figurado en el aire al traves de un humo espeso inflamado como una erupcion del Etna, vuelven á caer simultáneamente en el sepulcro comun; quiero decir, en las aguas del Elster que debian tragarlos.

Pluguiese á Dios que este horroroso desastre, justificado algunas veces por las circunstancias de la guerra, hubiera sido el último en este dia!!!..... Mas convencido el enemigo al momento por la destruccion del puente, que no tenia medio alguno de salvarse ya el cuerpo de reserva y de retaguardia, de que hacia parte el ilustre Poniatowski, cayó con la mayor impetuosidad sobre ellos por todas las avenidas practicables, no dejando á los vencidos otra alternativa que la muerte ó el paso á nado de un rio encajonado y guarnecido en sus orillas de una muralla de piedra, que hacia imposible el acceso á los hombres, y sobre todo á los caballos: precipitaronse

en él aquellos que habian quedado libres del hierro y del fuego de los rusos, de las lanzas de los cosacos, y de las carabinas de los tiradores suecos: allí fue donde se sumergieron, todos armados, como lo hicieron muchos héroes romanos en el Tiber; y coraceros, dragones, infantes y granaderos prefirieron este género de fuga con tanto riesgo, á una muerte humillante. Este rio, pues, se cubrió en pocos minutos de cuerpos medio ahogados, de cabezas sueltas, de hombres cuya vista espantada por el aspecto de la muerte que les atacaba de tantos modos, producia sobre la superficie de las aguas un efecto espantoso.... Los unos, poco cuerdos en su ciega

desesperacion, habiéndose echado al agua, cargados todos del peso de sus armas y de sus corazas, cesaron bien pronto de ser actores sobre aquel teatro de sangre y de agua, y estas mismas armas que tantas veces habian hecho su gloria, causan en esta su pérdida. Vendrá un dia en que el rio, seco por las vicisitudes de los tiempos, ofrecerá á la posteridad estos esqueletos de tantos guerreros valientes de las batallas del siglo diez y nueve, y sus armas é insignias harán ver que son de aquellos franceses que vencieron á la Europa entera por espacio de veinte años.

¿Veis aun aquel cazador codicioso que en este dia de estermi-

nio se entrega ciegamente á su pasion favorita, el interes?.... Con un barril de oro sobre sus espaldas se arroja lleno de confianza á las aguas del Elster.... y el imprudente pretende nadar con el peso de aquel objeto que cree aun ha de ser en Francia el de su fortuna. En efecto, llega milagrosamente á la otra orilla luchando con las olas; y en este momento mismo en que ya se cree libre, muere de un balazo, y se sumerge con su tesoro fatal. Mas no es este espectáculo solo el que se ofrece á la vista y aflige á la humanidad. Esta desgraciada cantinera, con dos niños en los brazos, no cesa de correr confiada en que la salvará su caballo; pero bien

pronto se confunde con los demas desventurados, y lo que se deja ver al traves de la espuma de las olas agitadas por la multitud de caballos, son las manos de aquellos angelitos que articulan las últimas espresiones del delirio del asfixiado....

No tenemos aquí necesidad de la mágia en nuestros encantos y prodigios; mas sin embargo, hai ocasiones en que lo verdadero, bajo la relacion de tantos horrores, cesa frecuentemente de ser verosimil en el tercer acto de este drama sangriento: á mas de que el espectáculo de vanos prestigios de nada serviria, cuando la historia nos ofrece aquí un rasgo tan heróico como el de Poniatowski.

«La victoria, dice, es ya imposible: el desorden llegó al colmo; pero todos los caminos conducen á la gloria, y yo vuelo á ella por este de una muerte cierta....» Asi, en esta abnegacion tan magnánima de sí mismo lanza su fogoso caballo al rio, con aquella calma imperturbable, patrimonio de los héroes. Sin embargo, no ha podido ver sin enternecerse á su amigo, su mejor amigo, muerto á sus pies de un balazo que ha hecho saltar la sangre á su frente; aun se acuerda de él en su veloz carrera, y envidia secretamente su suerte.... ¡Ah! no tardará en seguirle.... porque en vano el soberbio caballo hace esfuerzos prodigiosos para salvar aquella muralla escarpada de la

otra orilla: ¡tentativas inútiles! Poniatowski, el desgraciado Poniatowski se ha cubierto de gloria, es cierto.... mas tambien ha sido cubierto por las sombras de la muerte: el frio ha embotado sus sentidos, la confusion ha perjudicado á su existencia, y solo allá despues de tres dias logran hallar su cuerpo con las Náyades del Elster que se glorian en secreto de ser las depositarias de un Príncipe valiente, digno de la inmortalidad!!!....

Las exequias sin duda fueron dignas de este ilustre personage: su patria le ha hecho los honores que merecian sus cenizas; pero ¿nuestros ojos se han enjugado, han sido cicatrizados nuestros co-

razones de la herida tan profunda que nos hace sufrir una pérdida tan grande?.... No; aun corre la sangre; y todo hombre justo, que aprecie el valor y la gloria, no ha puesto sus ojos sobre el grabado que representa el fin lastimoso de este Príncipe, sin enternecerse. ¿Que será, pues, cuando el viagero vaya á las orillas del Elster á fijar su melancólico pensamiento sobre el mismo parage donde pereció el desgraciado príncipe Poniatowski?.... Aun despues de trascurrido un siglo, no podrá contener el torrente de sus ojos, mirando su muerte como una desgracia presente. «Aquí es, dirá con el corazon oprimido, donde ha perecido el héroe mas brillante de una

nacion belicosa que la inmortaliza y da tanto honor.» Desde allí pasando á los campos de Lepsig, oirá al labrador en qué parages fueron hechos los grandes fosos que ocultan tantos huesos y cadáveres; pero los habitantes de Leipsig conduciéndole sobre las murallas, «Aquí es, le contestarán, en estos inmensos fosos, que diez mil operarios no hubieran podido abrir en dos años de trabajo, donde nuestros antepasados precipitaron las innumerables víctimas de Belona: hombres, caballos, armas, escombros y todas estas ruinas han servido á realizar un plan que no se habia podido efectuar por falta de medios en su ejecucion, y la muerte ha suministrado los materiales. —

Habiendo considerado que hubiera sido imposible dar sepultura á tantos objetos corrompidos sin correr el riesgo de la peste, y conviniendo en que era preciso destinar un campo dilatado y abrir una concavidad enorme, fue elegido el grande espacio que separaba en este sitio dos grandes montañas; y despues de haber nivelado el terreno con cadáveres y una capa de tierra, pisamos ahora las cenizas de nuestros vencedores y nuestros aliados.»

¡Sombras ensangrentadas, sombras ilustres, calmad vuestra desesperacion! vuestros clamores resuenan aun, y han sido recogidos en el seno de vuestra patria: donde vosotros y el héroe Ponia-

towski teneis un altar en cada uno de los corazones verdaderamente franceses, y en el de todo mortal de alma sensible.

FIN DEL TOMO IV.